# SOLIDARIDAD LIBERADORA: MISION DE IGLESIA

febrero '77

ARZOBISPADO DE SANTIAGO – VICARIA DE LA SOLIDARIDAD
Secretaría de Comunicaciones
Plaza de Armas 444 – Casilla 30 D – Santiago de Chile

# PRESENTACION

La situación generada en Chile a partir de los cambios político-económicos luego de los hechos de 1973, planteó una nueva realidad, con nuevos problemas.

La Iglesia Católica -hecho conocido por todos- dijo su palabra desde el comienzo, haciendo un llamado a la justicia y al respeto por los derechos del hombre.

La defensa de los perseguidos y los débiles fue la primera acción emprendida por el Comité Pro Paz, organismo ecuménico del cual formaba parte la Iglesia Católica.

Al disolverse el Comité Pro-Paz, el Arzobispado de Santiago crea la Vicaría de la Solidaridad, que entra en funciones el primer día de 1976. La defensa de los derechos humanos,individuales y de grupo, se mantiene.

Pero, la situación económica crítica que atraviesa el país ha generado nuevos y agudos problemas. El hambre y la cesantía, junto a un empobrecimiento generalizado de la población exige una respuesta urgente y nueva.

La Vicaría de la Solidaridad, a través de su Departamento Zonas, continúa un trabajo de atención y apoyo a los cesantes y a los marginados de derechos primarios como la alimentación y la salud, especialmente a los niños.

Lo significativo es que el "comedor infantil" surgió como una forma de solución a partir de los mismos pobladores afectados. Fueron las mujeres de las poblaciones quienes iniciaron estas acciones, en una tarea

que al comienzo parecía "transitoria". En la medida que la situación económica se mantenía y agravaba, estas mujeres fueron quedando, poco a poco sin recursos materiales. El pueblo vió que necesitaba la unión para enfrentar sus problemas de subsistencia. Ante el hambre y la cesantía continuaron surgiendo iniciativas que se afirmaban en experiencias solidarias. Una solidaridad que al pueblo le es algo natural.

A las primeras experiencias de "comedores infantiles" se sumaron luego las "bolsas de trabajo", que se iniciaron como verdaderas agencias de empleo en capillas y parroquias. El sistema duró un primer tiempo. Pero al prolongarse el período de cesantía y masificarse como fenómeno, hubo que inventar formas nuevas de combatir la falta de trabajo y la consecuente falta de ingreso económico. Así, las primitivas agencias de empleo fueron transformándose en centros en donde los cesantes buscaron salidas en conjunto al problema común. Surgieron así los primeros talleres de trabajo, con capitales mínimos de iniciación. Poco a poco los talleres fueron encontrando líneas de producción que permitieron paliar en parte la falta de ingresos estables. Talleres artesanales en donde obreros especializados y mujeres que nunca habían trabajado se encontraron aprendiendo a elaborar un producto determinado. Administrar el taller y buscar la comercialización de los productos, fue también tarea de los cesantes. De la misma manera se preocuparon de problemas más ajenos a la subsistencia directa, como la salud de sus asociados, por intermedio de cesantes que velaban por lograr una atención médica eficiente. Para ello se conectaban con los distintos policlínicos que funcionan bajo la tuición directa de la Iglesia. Hoy equipos especiales atienden a los niños en terreno.

La labor de la Vicaría de la Solidaridad consiste en apoyar estas iniciativas populares, respetando el carácter que los propios protagonistas le han ido imprimiendo espontáneamente. La decisión de apoyo se ha basado en el respeto a las soluciones de los pobladores, considerándolos como son : seres humanos mayores de edad.

"Esto ha sido como un abrir la ventana para que entre un viento que refresca y renueva el aire". Es la frase de uno de los obispos auxiliares de Santiago al comentar el significado que ha tenido para la Igle-

sia el aprender del espíritu solidario que anima a las personas que hoy día sufren.

Porque si el pueblo tenía una experiencia, la Iglesia -de andar más lento- no se encontraba enteramente preparada para asumir una tarea de esta envergadura.

Los problemas que la nueva realidad del país plantean a la Iglesia, le exigen un esfuerzo de creación superior para enfrentarlos con seriedad, respondiendo a los viejos mandatos del Evangelio.

Servir con eficacia, sin renunciar a lo que le es propio. Pero, la Iglesia tenía un lastre formado por un estilo asistencial que descuidaba lo que el Papa ha llamado "la promoción humana". Con valentía, la Iglesia chilena ha reconocido esta su falla. Y ha empeñado sus esfuerzos en enmendar su trabajo.

El Evangelio le ha entregado a la Iglesia una noticia de Liberación. Esa es su tarea. Anunciarla. Y hacerlo de manera eficaz.

La nueva realidad ha exigido acciones nuevas en un renovado estilo. La Iglesia se pone -concretamente- al servicio del hombre, con especial interés en aquellos marginados por cualquier razón.

Y en esta acción de servicio al pueblo, la Iglesia -atenta- aprende de él. Porque en el pueblo de los pobres se está desarrollando la acción del Espíritu, que construye su Reino. Un Reino sin fronteras. Un Reino que supera los límites de la Iglesia misma.

Es un tiempo pleno de experiencias, que se viven en un marco de dolor, sufrimientos y silencio. Un tiempo en que el anuncio de la Liberación de Cristo tiene sonidos muy específicos.

Toda esta rica experiencia compartida por los pobres, las comunidades y los Equipos de trabajo solidario, es compartida y recogida por el teólogo.

Sistematiza la experiencia y la reflexiona. En Evangelio. Su idioma

es el de la fe. Es un teólogo que participa de las tensiones que sufre y vive el pueblo. Ronaldo Muñoz, ss.cc, reflexiona en la fe la experiencia que conoce y que las comunidades más diversas le entregan.

No pretende ser ésta una obra terminada. Porque la tarea no se ha concluido efectivamente.

Son las reflexiones que el teólogo Ronaldo Muñoz formula con humildad y rigurosidad a partir de esas experiencias. Y esas reflexiones sistematizadas las devuelve a este pueblo y a su Iglesia para alimentar la acción.

Es una teología que nace de la práctica, para volver a élla y ser modificada nuevamente por élla. Y volver a formularse a su vez. Es un proceso que se va desarrollando en un diálogo entre práctica y teoría, que está marcando el crecimiento del pueblo de Dios.

Eso simplemente es este pequeño libro.
Reflexiones a partir de una práctica.

Un momento en el proceso de desarrollo del Pueblo de Dios en marcha, en un tiempo y lugar determinados.

Lo entregamos para compartir con ustedes esta acción y esta reflexión en la fe.

Y para continuar cada vez más unidos -es nuestro deseo ferviente- compartiendo esta tarea y este reflexionar.

Juntos en una Iglesia -pueblo en marcha- estamos construyendo aquí y ahora el Reino del Padre.

VICARIA DE LA SOLIDARIDAD

Santiago de Chile, Enero de 1977.-

Nota : El tema "El Servicio de la Iglesia al Hombre" fue desarrollado ante los equipos zonales del Comité Pro Paz en julio de 1975. Los dos siguientes -"Acción solidaria y Evangelización" y "Solidaridad Liberadora como misión de Iglesia"- fueron presentados a los equipos del Departamento de Zonas de la Vicaría de la Solidaridad, en abril y septiembre de 1976, respectivamente.

# INDICE

# I N D I C E


P R O L O G O ..... 17

T E M A 1. "EL SERVICIO DE LA IGLESIA AL HOMBRE" 19

I. PROBLEMAS 20

II. CRITERIOS TEOLOGICO-PASTORALES 24

1) La Iglesia está al servicio del mundo y no al revés. 24

2) El servicio original de la Iglesia es el anuncio del Evangelio. 25

3) El evangelio se anuncia no sólo con palabras, sino también con obras. 26

4) Obras de servicio desinteresado, a partir de las necesidades humanas. 27

5) Acción de una comunidad de hermanos, generadora de solidaridad. 27

6) Servicio no sólo a las personas, sino también a la sociedad. 28

7) Palabra profética, como crítica de la Sociedad. 29

8) Acción política, como transformadora de la sociedad. 31

T E M A 2. "ACCION SOLIDARIA Y EVANGELIZACION". 35

I. INTRODUCCION 36

1) Los tres objetivos fundamentales de la acción solidaria. 37

a. asistencia a los necesitados 37

b. la liberación de los oprimidos 38

c. la evangelización de los pobres 39

2) La denuncia de la injusticia. 41

3) La evangelización integral. 44

4) El modelo de Iglesia. 45

a. iglesia gran institución 46

b. iglesia red de comunidades 46

T E M A 3. "SOLIDARIDAD LIBERADORA COMO MISION DE IGLESIA". 49

I. PROBLEMAS Y CRITERIOS 50

1) Los objetivos de la acción solidaria y sus problemas prácticos. 50

a. el dar de comer 51

b. el esquema económico 52

c. cauces de solidaridad 53

2) El desajuste con las expectativas de la gente. 55

a. situación infrahumana 56

b. servicio con perspectiva social 56

c. pedagogía liberadora 57

3) Desconfianza mutua con sectores de la pastoral ordinaria. 58

a. cuestión de poder 58

b. lo socio-cultural 59

c. objetivos distintos 60

II. TEMAS DE REFLEXION 61

1) La orientación del sistema imperante. 61

a. seguridad nacional 63

b. capitalismo liberal 64

c. restauración católica 64

2) La evangelización: anuncio comprometido de Dios en el hombre. 66

a. liberación solidaria 68

b. fe comunitaria 69

c. signo eclesial 71

# PROLOGO

Un cristiano convencido no puede encerrarse en un cómodo y egoísta "aislacionismo" cuando es testigo de las necesidades y de las miserias de sus hermanos;

Cuando le llegan los gritos de socorro de los económicamente débiles;

Cuando conoce las aspiraciones de las clases trabajadoras hacia unas más normales y justas condiciones de vida;

Cuando se da cuenta de los abusos de una concepción económica que pone el dinero por encima de todos los deberes sociales;

Cuando no ignora las desviaciones de un intransigente nacionalismo, que niega o conculca la solidaridad entre todos los pueblos, solidaridad que impone a cada uno múltiples deberes para con la gran familia de las naciones." (4)

Pío XII. Radiomensaje de Navidad 1948.

(4) : Doctrina Pontificia, T.II, Doctos. Políticos, p.962 (BAC,Madrid, 1958).

# TEMA 1

# EL SERVICIO DE LA IGLESIA AL HOMBRE

EL SERVICIO
DE LA IGLESIA AL HOMBRE.

## Problemas y Criterios Teológico-Pastorales

Los puntos de reflexión que presentamos aquí han venido planteándose en los últimos meses en las bases de nuestra Iglesia. Los hemos recogido en innumerables reuniones, a nivel de población, de parroquia o de zona. Reuniones donde los grupos y comunidades que trabajan en las tareas asistenciales y de solidaridad revisan lo que están haciendo, buscan profundizar su sentido y corregir las fallas. La gran preocupación: servir, servir realmente a los hermanos necesitados, y servirlos como corresponde a la Iglesia de Jesucristo.

Desarrollamos aquí estos puntos de reflexión, y mostramos su coherencia con la tradición viva de la Iglesia, ordenándolos en dos capítulos: I) Problemas y II) Criterios teológico-pastorales. Tanto éstos como aquéllos se vienen planteando en las bases populares de la Iglesia, por obra del sentido humano y la inspiración evangélica que las animan.

### I. Problemas

Comenzamos, pues, con una lista más o menos ordenada de los problemas, partiendo por los más elementales :

1. Con el aumento progresivo de la cesantía y el vacío que van dejando muchos servicios del Estado, cunden el hambre, la deserción escolar, las enfermedades, la desesperación. Frente a esta realidad, nuestra actitud como Iglesia se ve tironeada entre estas dos tentaciones extremas :

a) Desentendernos de la miseria, por principio: porque son problemas materiales o "temporales" que no le tocarían a la Iglesia. Ella tiene una misión espiritual, que es predicar y animar la fe religiosa. Lo demás sería responsabilidad de la misma gente, de la comunidad humana, del Estado.

Pero, por otro lado, sabemos que no nos es posible permanecer inactivos ante la miseria de nuestros hermanos: sería un pecado contra ese amor solidario que leemos en cada página del Evangelio.

b) Lanzarnos a ojos cerrados a montar una gran máquina de repartos, de obras asistenciales, de empresas que ofrezcan trabajo : porque la exigencia del momento exigiría actuar en grande, para ayudar con eficacia, y la Iglesia tendría o podría conseguir recursos para esto.

Pero, por otro lado, nos damos cuenta que así la Iglesia volvería a ser una gran institución de poder, como en la era de la Cristiandad, cuando los pueblos eran más inmaduros y no existían las posibilidades técnicas y políticas de que dispone el Estado moderno. Conocemos también, por experiencia, los problemas que implica el peso de tales instituciones para la misma misión evangelizadora de la Iglesia.

2. En la situación que vivimos, las instituciones y comunidades de la Iglesia, sus agentes pastorales, ¿en qué medida estamos realmente sirviendo a la gente, a partir de sus propias urgencias; o estamos inconscientemente sirviéndonos de la gente, aprovechándonos de sus urgencias para atraerlos a la Iglesia, para quedar bien puestos nosotros, para extender la acción de la parroquia, para difundir la imagen de una Iglesia que sirve al hombre...?

Esto nos preocupa, porque nos damos cuenta que una Iglesia que creciera de esta manera - "aprovechándose del pánico" o "pescando en río revuelto" - no sería auténtica en su servicio al hombre y no llevaría ya la Buena Nueva de la liberación de Jesucristo.

3. Las iniciativas que van surgiendo, las nuevas agrupaciones e instituciones de servicio que se van multiplicando, ¿en qué medida están despertando y dinamizando a la gente, al pueblo de los pobres y de los trabajadores; o, por el contrario, lo están adormeciendo, confirmándolo en su pasividad y falta de esperanza? Y también, pensando en la misma Iglesia, ¿en qué medida e

sas instituciones y equipos de ayuda son germen de una Iglesia nueva, más identificada con el pueblo, más integralmente liberadora del hombre, más evangélica; o, por el contrario, son la reconstrucción de una Iglesia pre-conciliar, clerical, maternalista?

4. Según nuestras posibilidades y nuestros contactos, estamos canalizando ayuda desde los sectores más pudientes -del país o del extranjero- hacia los más necesitados. Pero, al promover esta ayuda, ¿estamos partiendo de la solidaridad que surge en el mismo medio popular, para luego apoyarla con la ayuda de otros medios; o, por el contrario, partimos buscando ayuda en esos medios más pudientes, para luego repartirla entre los necesitados? En este caso, ¿no estamos, sin querer, humillando a los que reciben esa ayuda? ¿no estamos bloqueando su propia iniciativa, sus propias posibilidades de organizarse y de luchar? En otras palabras, ¿no volvemos a caer en el paternalismo? Por otra parte, al pedir esa ayuda en los sectores de mayores recursos, donde posiblemente se vive sin mayores problemas o aún en la abundancia, ¿planteamos esa ayuda como un puente de conocimiento y solidaridad con un mundo que ellos, en gran parte ignoran, pero del cual son responsables? ¿la plan - teamos como una exigencia de justicia?.

5. Ahondando en el último aspecto, nos preguntamos también si, en nuestra acción como en nuestra palabra, estamos tomando suficientemente en cuenta que los pobres tienen no sólo necesidades, sino también derechos. Que tienen derecho no sólo a la vida, a la subsistencia biológica, sino también a ganarse la vida con un trabajo digno, a organizarse libremente, a tener acceso a la información y la educación en igualdad de oportunidades, a participar en las decisiones económicas y políticas. Que es obligación de la sociedad facilitar a todos sus miembros la satisfacción de estos derechos, obligación que incumbe especialmente a las personas y los sectores sociales que disponen de el poder económico o político.

6. El gran esfuerzo desplegado en la ayuda y la solidaridad sólo aporta paliativos a corto plazo, que van quedando cada vez más cortos frente a la magnitud de las necesidades. Entre los problemas que enfrentan los sectores populares, los más fundamentales, porque desencadenan los demás, son la cesantía y la baja del valor de los salarios. Estos dependen, a su vez, de la situación crítica por la que atraviesa globalmente la economía del país. Sabemos que aquí intervienen factores muy complejos: la coyuntura internacional desfavorable, el desorden económico de años anteriores, el costo de una indispensable política anti-inflacionaria. Pero, sabemos que esos problemas también responden a una reestructuración global que se está llevando adelante de las relaciones económicas, sociales, jurídicas y políticas del país, y esto -como es normal- según una determinada ideología. Aquí nos preguntamos ¿en qué medida está enfrentando la Iglesia, como comunidad jerárquicamente organizada, el hecho de esta reestructuración global y de la ideología que la sustenta?

Los Papas y el Concilio nos han enseñado, en efecto, que "es de justicia que la Iglesia pueda en todo momento y en todas partes... ejercer su misión entre los hombres sin traba alguna y dar su juicio moral, incluso sobre materias referentes al orden político, cuando lo exigen los derechos fundamentales de la persona o la salvación de las almas" (Concilio Vat. II, Const. sobre la Iglesia en el Mundo actual, n.76). Y sabemos también que en Chile nuestros Obispos han emitido tales juicios en otras ocasiones, y que sus posiciones han pesado en la marcha del país.

7. Por otra parte, constatamos que las pequeñas agrupaciones y canales de solidaridad que van surgiendo en los sectores populares para hacer frente a la miseria, frecuentemente son inhibidos por el miedo, por la fácil sospecha de activismo político y el temor a la represión consiguiente. ¿Qué respaldo estamos ofreciendo como Iglesia a estas organizaciones locales? Sabemos que para muchos tales organizaciones constituyen por el momento la única posibilidad de supervivencia.

8. Volviendo a la misma Iglesia, constatamos que ésta vive ahora en Chile un reflorecimiento: sus comunidades crecen, sus institu

ciones parecen más activas, aumenta en mucha gente el interés sincero por su presencia y su mensaje. Aquí nos ponemos, sin embargo, un nuevo interrogante: ¿será que la Iglesia conoce ahora este auge porque sus agentes y sus instituciones -por estructura, mentalidad e inserción social- estamos bien equipados para socorrer a los pobres y desvalidos, pero no tanto para animar con el Evangelio a un pueblo que se organiza y que lucha por una sociedad más justa? ¿Nos estamos preparando para servir al pueblo y hacer presente el Evangelio en un futuro semejante? ¿Estamos superando en esto las deficiencias de años anteriores?.

## II. Criterios Teológico-Pastorales

Pero en las comunidades y equipos de la Iglesia que, especialmente en los medios populares,están cooperando en el servicio de los más necesitados, no sólo se plantean problemas. También hay un sentido cristiano que va guiando positivamente la acción, buscando siempre que el servicio sea el auténtico que corresponde hoy a la Iglesia de Jesucristo. Procuraremos ahora puntualizar algunos principios de este Evangelio vivo. En ellos no será difícil reconocer algunas de las grandes opciones que ha tomado en estos años la Iglesia católica, como aparecen, por ejemplo, en el último Concilio. Aquí presentamos estos principios bajo la forma de las tesis siguientes :

1. La Iglesia está al servicio del mundo, y no al revés.

Todo el quehacer de la Iglesia, y su ser mismo, pueden definirse por el servicio al mundo, es decir, a la gente, a la comunidad humana. Las personas -con sus dones y necesidades- y la comunidad humana -con sus valores y contradicciones- no están allí para sustentar a la Iglesia ni para dar oportunidad a su expansión. Tampoco la Iglesia y la sociedad humana son simplemente dos realidades paralelas, cada cual con su dominio exclusivo (espiritual, de la Iglesia, y temporal, del mundo), que además se intercambian servicios (por ejemplo: la Iglesia ofrece servicios religiosos, y

la sociedad aporta su contribución económica). En este paralelismo hay mucho de verdad, pero la visión es todavía muy incompleta, y superficial. En realidad, la Iglesia, como lo ha destacado el Concilio (1), es una porción del mundo, o de la humanidad, que por su adhesión consciente a Jesucristo está al servicio de todos los hombres y de la entera sociedad humana, para su liberación y promoción integrales. La Iglesia prolonga y hace presente a Jesucristo, hombre entre los hombres, el cual "no vino a ser servido, sino a servir, y a dar la vida por la redención de la muchedumbre". (Mateo 20,28).

2. El servicio original de la Iglesia es el anuncio del Evangelio.

Lo anterior no significa que la Iglesia, como servidora del mundo, pueda o deba suplir los servicios de todo orden que los hombres pueden prestarse entre sí con su responsabilidad y su trabajo inteligente, o que la sociedad humana y el Estado deben organizar o garantizar en beneficio de sus miembros. Así como Jesús multiplicó varias veces los panes, pero no convirtió las piedras en panes para solucionar el problema de la alimentación de su pueblo; sanó muchos enfermos, pero no solucionó globalmente el problema de la salud; denunció las injusticias y la prepotencia de los poderosos, pero no liberó a su pueblo de la dominación romana; anunció la llegada del Reinado de Dios, pero no restauró al reino nacional que esperaban sus compatriotas. En realidad, el servicio original que especifica la misión de la Iglesia, como la de Jesús, consiste en el anuncio del Evangelio: la "buena noticia" de que llega al mundo de los hombres el Reinado de Dios, es decir, el perdón, la vida y la convivencia plena que el Padre desea para todos sus hijos. Esta realidad nueva -que S. Pablo llamará "la nueva creación"- se ofrece como liberación integral, vida nueva y esperanza plena para todo el hombre y la entera comunidad humana; pero en la forma de una "semilla" o un "fermento" que compromete la respuesta y actividad de los hombres y que no suple la responsabilidad de la sociedad ni dispensa de las contradic

(1) Cf.65, 1,3 y 40/

ciones y los conflictos. El Reinado de Dios se inaugura, en efecto, por las actitudes y la actividad de un hombre pobre e indefenso como Jesús; él da testimonio de la verdad y se entrega a los demás sin reserva, pero encuentra la contradicción y la persecución que lo llevan a ser condenado y ejecutado como malhechor y subversivo. El Evangelio de la Iglesia anuncia este mismo Reinado de Dios, que fue sembrado una vez en la tierra por la vida, pasión y resurrección de Jesucristo, y que sigue germinando hoy día según la misma lógica.

3. El Evangelio se anuncia no sólo con palabras, sino también con obras.

El anuncio del Evangelio lo hace Jesús no con puras palabras o explicaciones, sino con palabras de la "buena nueva" y obras de bien para los pobres y desvalidos. Las palabras proclaman la llegada del Reinado de Dios, y las obras son los signos de su presencia, que actúa ya para salvación del hombre entero. Palabras y obras -en la evangelización- se explican, se ilustran, se acreditan mutuamente. En varias ocasiones, según los evangelios, se pone a Jesús en situación de tener que definir cuál es el sentido y el alcance de su ministerio. El no responde con explicaciones teóricas, sino que remite simplemente a sus hechos: "Los ciegos ven, los cojos andan... se anuncia la buena nueva a los pobres ... la liberación a los presos... a los oprimidos" (Lucas 4,18 y 7,22). Lo mismo leemos sobre la misión que Jesús encomienda a sus discípulos: "Por el camino, proclamad que el Reinado de Dios está cerca, curad enfermos, echad demonios. Gratis lo recibísteis, dadlo también gratis". (Mateo 10, 7-8). Y lo mismo encontramos en la praxis constante de la Iglesia, a lo largo de toda su historia : dondequiera que la Iglesia llega y actúa, nunca se separa la proclamación del Evangelio de la acción de asistencia y promoción humana de los pobres, los más débiles, los oprimidos. Esto, a través de una enorme variedad de gestos, obras e instituciones: según los dones de personas o comunidades de la Iglesia, y según las necesidades y posibilidades de los pueblos y las situaciones históricas.

4. Obras de servicio desinteresado, a partir de las necesidades humanas.

Se trata de servir desinteresadamente a la gente, a partir de sus propias urgencias, y no de servirnos de la gente, aprovechándonos de sus urgencias; ni siquiera para los fines más altos y nobles, como sería la difusión del Evangelio. En realidad, nos damos cuenta que la acción que desplegamos sólo podrá mostrar y acreditar el mensaje evangelico de la Iglesia , en la medida en que sirva desinteresadamente a la gente, en sus necesidades humanas, partiendo de las más urgentes y materiales. Sabemos, por lo demás, que ninguna necesidad es puramente material si es la necesidad de un ser humano. En este terreno, hemos llegado a ser bastante conscientes de la tentación que nos acecha de reducir la tarea de la Iglesia a la liberación o promoción humana, descuidando el anuncio explícito del Evangelio de Jesucristo. Tal vez ahora sea oportuno, entre nosotros, recordar que también estamos expuestos a otra tentación, igualmente grave para la autenticidad de nuestra misión de Iglesia: la de instrumentalizar a las personas o o los grupos, los valores o las instituciones humanas, como simples medios o argumentos para la evangelización. Como si nuestra buena intención de evangelizar pudiera justificar que abramos escuelas como simple instrumento de la catequesis, que apoyemos organizaciones populares simplemente porque de allí pueden salir comunidades eclesiales, que defendamos los derechos humanos sólo para que la Iglesia aprezca más cerca del hombre y se haga más creíble su mensaje.

5. Acción de una comunidad de hermanos, generadora de solidaridad.

Sabemos por experiencia que la palabra de la Iglesia sólo puede ser "buena nueva" del Reinado de Dios si se presenta, no como la doctrina de una institución de poder o la consigna de una agencia de propaganda, sino como el testimonio de una comunidad que confiesa su fe y da razón de su esperanza. Así

sucede también con su acción de servicio: sólo puede ser signo de ese Reinado de Dios si se muestra, no como los beneficios de una institución asistencial o los programas de una agencia de desarrollo, sino como la entrega de una comunidad que materializa y comparte su amor fraterno, que abre y extiende siempre más su comunidad de bienes y de responsabilidades. En la medida en que esto sea así, las obras de servicio de la Iglesia no serán obras de la generosidad y el poder de superiores, sino de la responsabilidad y el compartir de hermanos. De esta manera, no generarán relaciones de dependencia, sino de fraternidad; no suscitarán tanto una respuesta de gratitud, sino conciencia de la dignidad compartida; no confirmarán a los pobres en su fatalismo, sino que alimentarán su esperanza; no mantendrán al pueblo en la pasividad, sino que despertarán su responsabilidad solidaria, con la inventiva, la organización, la lucha por la superación colectiva.

6. Servicio no sólo a las personas, sino también a la sociedad.

La acción como la palabra de la Iglesia deben servir no sólo a las personas, a cada hombre, sino también al mundo, a la sociedad humana. Sabemos, en efecto, que la sociedad no es la simple suma de las personas, sino el tejido de relaciones, las instituciones y los mecanismos estructurales que materializan y condicionan la convivencia humana y, por lo mismo, la propia vida de las personas. Por eso, si la Iglesia debe servir a las personas, invitándolas a su conversión y ayudándolas en su desarrollo integralmente humano, por lo mismo debe servir también a la sociedad, ofreciéndole su crítica y colaborando a desarrollar en ella una convivencia más humana. En otras palabras, si la Iglesia debe ayudar a cada hombre a que crezca en su vocación de "hijo de Dios", también debe ayudar a la sociedad humana a que se vaya transformando según su vocación colectiva de "familia de Dios". Por eso, en la tarea de la Iglesia, la palabra evangelizadora de las personas debe prolongarse en una palabra "profética" en la sociedad, y la acción de asistencia o promoción de las personas debe prolongarse en una acción "política" en la socie -

dad. Lo contrario supondría que el dinamismo de la fe y el amor de Jesucristo toca sólo la esfera íntima o privada de la vida humana, dejando sin tocar las relaciones de convivencia, las estructuras sociales, la historia colectiva. Pero, al decir "profética" y "política" empleamos términos que están entre nosotros preñados de ambigüedades y también de emociones encontradas. Por eso, estos términos requieren aquí, especialmente en cuanto los referimos a la tarea de la Iglesia, una serena clarificación.

7. Palabra profética, como crítica de la sociedad.

(CLARIFICACION PREVIA :) Al hablar de "palabra profética", pensamos espontáneamente en los grandes profetas del Antiguo Testamento: Isaías, Jeremías y, antes que ellos, Moisés, el amigo de Dios y fundador de la nación israelita. En todos estos casos, el profeta es, inseparablemente, el hombre de Dios, y el hombre de su pueblo y de su tiempo. Como hombre de Dios, el profeta personifica al Pueblo de Dios peregrino, como testigo del absoluto de Dios en lo pasajero del mundo. En este sentido, el profeta relativiza todo valor y todo apoyo para la vida que no sean Dios; el gran pecado es para él la idolatría, el materialismo, la falsa seguridad de la riqueza y el poder, es decir, el pecado de la no-fe y de la no-esperanza. Como hombre de su pueblo y de su tiempo, el profeta personifica a su comunidad con la vocación que ella tiene en la historia, como conciencia y aguijón de esa esperanza colectiva que proyecta al pueblo a la plenitud futura de la tierra prometida, del Reinado de Dios. En este sentido, el profeta ejerce en su comunidad una crítica sin contemplaciones de todo lo inhumano, de todo lo que contradice o desvía de ese proyecto de comunión fraterna en el que ve implicada la alianza con el Dios vivo; el gran pecado es para él la injusticia, la prepotencia, el egoísmo, es decir, el pecado del no-amor y la no-solidaridad.

Según el Nuevo Testamento Jesús ofreció como clave de su

propia misión la figura profética del "Siervo de Dios", de Isaías, y la Iglesia primitiva entendió que recibía el Espíritu del Resucitado para llevar su misión profética a todo pueblo, lengua y nación. En nuestros tiempos, la Iglesia católica entiende que, para cumplir la misión recibida de Cristo, no sólo tiene que anunciar el Evangelio a las personas y prestar asistencia a las más necesitadas, sino que debe también "proclamar la justicia en el campo social, nacional e internacional, así como denunciar las situaciones de injusticia, cuando lo pidan los derechos fundamentales del hombre y su misma salvación" (Sínodo de Obispos, Roma, 1971). Esta dimensión "profética" de su misión plantea exigencias diversas en los diversos niveles de la Iglesia:

a) El cuerpo jerárquico debe cuidar siempre su independencia frente al poder económico o político, ejerciendo frente a él una crítica leal en favor de los sectores postergados y de los derechos de todo hombre: ha de prestar su voz a las mayorías sin voz, para ayudarlas a ser conscientes de su situación, de su dignidad, de sus posibilidades.

b) La pastoral general -en parroquias y comunidades - ha de preocuparse de presentar y vivir el Evangelio como un dinamismo liberador del hombre entero, persona y sociedad, con vistas al Reino futuro como "tierra nueva donde habitará la justicia"; como una exigencia de amor solidario en toda su dimensión, frente al prójimo y frente a la comunidad política, con vistas al Reino futuro como banquete de familia y ciudad de hermanos. En función de este mismo Reino, la pastoral de la Iglesia tendrá también que denunciar las ambiciones y egoísmos, personales o colectivos, que están en la raíz de toda injusticia y toda opresión social; tendrá que denunciar aquellas estructuras sociales, aquellas formas de vida o de conducta, aquellas mentalidades o ideologías, aquellas seguridades y aspiraciones, que empequeñecen o corrompen la vida humana y la convivencia en la sociedad, que impiden o traban la maduración de la comunidad humana y su transformación en familia de Dios.

c) Especialmente en sus bases populares, la Iglesia y sus comunidades han de prestar a la gente el espacio y las condiciones que necesitan para decir su propia palabra: expresando sus problemas,

su visión de la vida y la convivencia humana, su fe y su esperanza. Han de prestarle el espacio que necesita para crear y multiplicar sus propios gestos de solidaridad: en las necesidades, en el trabajo, en la fiesta; gestos que deben anticipar un mundo nuevo, como signos de la presencia del Reinado de Dios que alimentan la esperanza de su plenitud futura.

8. Acción política, como transformadora de la sociedad.

(CLARIFICACION PREVIA): Si el término "profética requiere un esclarecimiento, con mayor razón lo requiere entre nosotros , el término "política". Aquí debemos partir distinguiendo tres niveles: a) lo político, b) la (acción) política, y c) la politiquería.

a) Lo político abarca todo lo que se refiere a la vida, las estructuras, las ideas-fuerza de la sociedad; "político" (del griego "polis" = ciudad) como sinónimo de "civil"o "civilización" (del latín "civitas" = ciudad). En este sentido, todas las formas de actividad humana en la sociedad -sean de carácter económico, cultural o religioso- son "políticas", en cuanto están condicionadas por la escala de valores, las formas de convivencia, las instituciones y las instancias de poder que tienen vigencia en esa sociedad, y a su vez influyen en ellas. En este aspecto, estamos expuestos a dos peligros, opuestos entre sí: el absolutismo político, que sólo parece valorar esta dimensión de la vida humana y todo lo mide en función de ella; y el apoliticismo ingenuo que no percibe esta dimensión, o cree que está en la voluntad de cada uno mantener respecto de ella una prescindencia o neutralidad. Pero, "lo político" implica además, en cada uno de nosotros y en los grupos humanos, un cierto juicio sobre la estructura y la situación de la sociedad, sobre sus valores y contradicciones, y sobre las causas de esas contradicciones; y, detrás de este juicio, implica también una ciertaconcepción del hombre y de lo que la sociedad debería ser; en otras palabras, lo político implica en nosotros una ideología. En este aspecto, estamos siempre expuestos al peligro de "dogmatismo", de

absolutizar nuestros propios criterios y puntos de vista, como si éstos fueran simplemente "objetivos", y sólo los demás tuvieran prejuicios.

b) La política es ese campo de la actividad humana que está específicamente orientado a administrar o transformar las formas de convivencia y las estructuras de la sociedad, y ésto mediante el ejercicio o la conquista del poder. Por "poder" entendemos aquí, tanto el poder de gobierno como otras formas de prestigio, autoridad o influencia en la sociedad. En este sentido, todas las asociaciones de cierta envergadura e importancia en un país - también las religiosas- están en el campo de la política, en cuanto detentan y ejercen normalmente un poder; lo cual no quiere decir que estén necesariamente en el terreno de la política de partidos. Esta última es una forma más específica de acción política, organizada en forma estable con este objetivo, en base a una ideología formulada en doctrina, a una estrategia y una disciplina. En cuanto la política implica ejercicio o conquista de poder, está siempre expuesta a las tentaciones del maquiavelismo y el totalitarismo : de usar cualquier medio para lograr los fines propuestos, y de buscar siempre más poder, tendiendo a la dominación total de la sociedad. En cuanto se da organizada en partidos, la política está expuesta al peligro de sectarismos: de posponer el bien común de la sociedad a los intereses del partido o de las personas que lo integran. Pero, aquí llegamos al tercer nivel...

c) La politiquería es la corrupción de la acción política, en cuanto ésta se pone al servicio de ambiciones particulares, de personas o de grupos, y se ejerce mediante la manipulación de otras personas o instituciones, mediante la demagogia, que explota en beneficio propio las necesidades y esperanzas del pueblo.

Es indispensable hacer estas distinciones, para ser más conscientes de lo que es estructural y lo que es optativo en la vida de hombre civilizado; para ser más conscientes de los valores y de los peligros en este terreno, y no "botar la guagua junto con el agua sucia".

La Iglesia, como magnitud social e institucionalizada, no sólo está en lo político y pesa de hecho en la política, sino que tiene para esta dimensión tan vital de la existencia humana -

como para todas las demás- una misión irrenunciable. Está en lo político, y debe tener conciencia -en sus distintos niveles- de los condicionamientos ideológicos y las proyecciones políticas de su palabra y acción pastorales; para aprender a relativizar sus juicios y medir en lo posible sus consecuencias, controlándolos siempre de nuevo con los criterios del Evangelio: la liberación de los oprimidos, la verdad y la justicia en la sociedad humana, y la transformación de ésta en una comunidad de hermanos. En el campo de la política, la Iglesia aporta una valoración positiva del deber social y político de sus miembros, como de todo ciudadano, recordando que constituye un derecho y una responsabilidad irrenunciables del hombre civilizado. Ayuda también a orientar positivamente esa acción con los mencionados criterios evangélicos, los que constituyen por lo demás el mejor antídoto contra las tentaciones y peligros de la política, que llevan a degradarla en politiquería o en totalitarismo. Esos mismos criterios evangélicos deben impulsar y cautelar también la acción política de la propia Iglesia, como comunidad jerárquicamente organizada. Ciertamente, la Iglesia no puede identificarse con un partido, ni actuar ella misma al modo de un partido. Pero, puede y debe poner en juego su autoridad y su influencia, cuando se trata de defender en la sociedad los intereses de los pobres, los derechos fundamentales de todo hombre, la calidad humana de la convivencia. Y en todo caso, esta acción de la Iglesia -acción que como "política" debe seguir una estrategia de contactos y negociaciones, buscando en lo posible la mayor eficacia- no puede ser tal que no deje espacio en la Iglesia para la palabra profética. Por el contrario, en el servicio de la Iglesia a la sociedad humana -y particularmente en el estilo de sus pastores- sobre la acción política debe primar la palabra profética. Esta es también, según la lógica del Evangelio, la más eficaz en el largo plazo, cuando proclama abiertamente la verdad y no acepta transacciones donde están en juego los derechos fundamentales del hombre, porque allí reconoce comprometida la presencia entre nosotros del absoluto de Dios: "Cuanto hicísteis al más pequeño de mis hermanos, a mí me lo hicísteis" (Mateo, 25,40).

Santiago, julio de 1975

# TEMA 2

# ACCION SOLIDARIA Y EVANGELIZACION

ACCION SOLIDARIA Y EVANGELIZACION.

## Introducción

Creo que en nuestra Iglesia -desde sus bases en las poblaciones hasta sus estructuras más oficiales- hemos sentido cierta dificultad para articular las tareas de solidaridad que han surgido en estos últimos años por la situación que vivimos, con la tarea de evangelizar que sabemos de antemano que constituye el corazón mismo de la misión de la Iglesia. No dudamos que ambas tareas sean absolutamente ineludibles, pero nos cuesta juntarlas, en la teoría y en la práctica; nos cuesta integrarlos vitalmente en una sola gran tarea de la Iglesia de Jesucristo al servicio del hombre. A veces, la dificultad viene de que las tareas las llevan grupos diferentes: unos son los grupos que forman las comunidades cristianas o la feligresía de las parroquias, y que celebran la liturgia y organizan la catequesis; y otros grupos, otra gente, son los que más necesitan la ayuda o los que más están cooperando para prestarla. Otras veces -como en el caso de muchos curas, religiosas y laicos presentes aquí- es la misma gente la que por una parte está animando las tareas pastorales de la liturgia, la catequesis, la maduración de las comunidades en su fe, y que por otra parte está apoyando u organizando las tareas solidarias de comedores, bolsas de trabajo, talleres, etc. En este caso, se está viendo por experiencia que ambas líneas de acción se exigen y se enriquecen mutuamente; pero no siempre se sabe decir por qué es esto así, ni cómo habría que hacerlo mejor, sin desvirtuar por una parte el anuncio del Evangelio ni comprometer por otra parte el desinterés del servicio a los necesitados. Este es el problema que trataremos de abordar en el tema de hoy.

Posiblemente Ustedes hayan tocado ya este problema en los temas anteriores, al estudiar el documento del Santo Padre sobre la evangelización. Pero, se trata de dos puntos de partida diferentes, de dos momentos distintos de nuestra reflexión cristiana para tocar- y cambiar-

nuestra realidad concreta. Allí estaban Ustedes partiendo de la doctrina de la Iglesia, para tratar de "aterrizarla" luego en nuestra realidad. Aquí vamos a intentar el camino inverso: mirar primero nuestra realidad, la práctica de nuestras tareas de solidaridad, para descubrir algunos de sus valores y sus problemas, y luego buscar caminos de renovación a la luz del Evangelio que recibimos por la Iglesia.

Para revisar nuestras tareas solidarias, debemos partir recordando los objetivos que se propone la Iglesia con esta acción. Estos objetivos son fundamentalmente cuatro, que enumero aquí en los términos más clásicos con que la Iglesia ha definido desde el principio su misión, y que vienen del propio Evangelio: asistir a los necesitados, liberar a los oprimidos, evangelizar a los pobres y denunciar las injusticias. -

En un primer capítulo me referiré a los tres primeros objetivos, y a su articulación mutua, en la visión y la práctica de nuestra acción solidaria. En el capítulo segundo me referiré a la denuncia de la injusticia; objetivo implicado en los tres anteriores, pero que requiere, en nuestras actuales circunstancias, un tratamiento especial. En el capítulo tercero sugeriré algunas pistas para una comprensión y una práctica más integrales de la evangelización; pistas fundadas en nuestra búsqueda cristiana y confirmadas por el reciente documento de Pablo VI. Y por último, en el capítulo cuarto, algunas reflexiones sobre el modelo de Iglesia que vamos buscando, y encontrando, para un seguimiento de Cristo y un servicio al hombre que sean más auténticos. -

## 1) Los tres objetivos fundamentales de la acción solidaria.

El primero de estos objetivos es la asistencia a los necesitados. Creo que este es el objetivo más visible, el más fuerte, el que más pesa en las acciones solidarias como se están realizando de hecho. Y esto, porque la situación misma nos lo impone. Las necesidades son urgentes: los niños con hambre no esperan, ni los enfermos sin atención tampoco. Tenemos que hacer lo posible por resolver su problema, con los medios que tengamos hoy. La asistencia a los necesitados no obedece, pues, sólo, ni principalmente, a una decisión nuestra, o de los responsables de la Iglesia. Surge en la gente misma como una reacción espontánea; como un deber impostergable de la más elemental humanidad, frente al compañero cesante, al vecino que padece necesidades extremas. En esta

reacción reconocemos la fuerza del espíritu del Evangelio que está en el pueblo.

La gente espontáneamente se ayuda, y exige que nosotros ayudemos en la medida de nuestros medios. Esto, claro, nos plantea problemas;por que como Iglesia no podemos negar que tenemos -o podemos conseguir - muchos medios. Estamos todos conscientes de que fácilmente podemos recaer en el paternalismo, el asistencialismo; en una ayuda de parches, dada de arriba para abajo, que refuerza la dependencia en vez de promover la libertad. Esto nos preocupa, y tratamos de superar el escollo. Pero, no es tarea fácil, porque tenemos que nadar contra la corriente de tantos hábitos y estructuras: las expectativas de los necesitados, los hábitos de los pudientes, y la misma mentalidad ylas estructuras dominantes en la Iglesia. Esta,en efecto, nos parece a menudo mejor armada para repartir limosna (de rico a pobre) que para promover solidaridad (de hermano a hermano). Pero, más allá de nuestras dudas y autocríticas en esta materia, no podemos olvidar que la misma economía nacional nos ha puesto en una situación que ha hecho de la limosna masiva -nacional e internacional- un imperativo ineludible. Este es un hecho macizo y envolvente, y tenemos que contar con él; no ciertamente para consagrarlo, pero sí para abordar su superación sobre una base realista.

También, al hablar de asistencia, hay que tener en cuenta la existencia de variantes que pueden ser decisivas. Hay la simple ayuda o limosna, pero hay también el apoyo y la entrega de elementos para que los necesitados se ayuden a sí mismos: respaldo moral, conocimientos, capacitación, herramientas, etc. Todo lo cual significa un paso cualitativo importante, que nos lleva al segundo objetivo...

La liberación de los oprimidos. Se trata aquí de un objetivo más integralmente humano y más a largo plazo, que toma expresamente en cuenta los condicionamientos y las proyecciones sociopolíticas de la acción solidaria. Aquí entra nuestra preocupación por la dignidad y la conciencia de los necesitados; conciencia no sólo de las raíces y los mecanismos socio-económicos de la situación actual, sino también de una solidaridad de clase para superar esa situación. Aquí entra también el reconocimiento y apoyo a organizaciones populares que sean auténticas, que vivan y se orienten con sus propios valores. Tal vez

este objetivo de la liberación esté más presente en algunos sectores y organismos de la Iglesia que en la mayoría de los católicos o las parroquias. Esto hace que en algunas ocasiones la acción de organismos, como la Vicaría de la Solidaridad, aparezca como "política" para muchos católicos, y que, a su vez, la acción de muchas parroquias y equipos de base aparezca ingenua o paternalista para otros sectores.

Pero, al hablar de liberación, entra también aquí, en la raíz de esa preocupación por la conciencia y la organización populares, toda una mística de la dignificación de los oprimidos, de la lucha por la libertad y la justicia, del servicio y la convivencia fraternales, de la esperanza de un mundo diferente; mística de liberación y novedad de vida que para nosotros viene del Evangelio de Jesucristo, y que nos lleva a formular ahora el tercer objetivo...

La evangelización de los pobres. Este es un objetivo que para nosotros, los cristianos, es inseparable de los anteriores. Esto, desde luego, partiendo de la misión propia de la Iglesia: porque no hay Evangelio que sea digno de crédito si la Iglesia que lo anuncia ignora prácticamente la miseria de los necesitados o elude su propia responsabilidad en la liberación integral del hombre. Pero, también partiendo de nuestras propias tareas, como personas o equipos cristianos: porque en definitiva no hay acción integralmente liberadora si no asumimos también, en alguna forma, la necesidad que los pobres tienen de que se les anuncie el Evangelio de Jesucristo y se les ofrezcan posibilidades reales de comprometerse con su causa en una auténtica comunidad de creyentes. Volveremos sobre esto en los capítulos tercero y cuarto.

Creo que estos tres objetivos fundamentales están presentes, en alguna forma, en la acción solidaria de nuestra Iglesia. Pero creo también que se dan aquí desequilibrios y falta de articulación. El objetivo asistencial ha pasado a ocupar, por la misma fuerza de las circunstancias, el primer lugar, dejando un poco postergados a los otros dos. El objetivo de la liberación queda en parte bloqueado, por la falta de lucidez y el miedo frente a sus inevitables y necesarias consecuencias políticas. El objetivo de la evangelización, por su parte, resulta a menudo inhibido por el temor a recaer en una actitud proselitista justamente superada, o viene yuxtapuesto desde fuera, como una especie de

catequización suplementaria, empañando el desinterés propio de un servicio auténticamente solidario.

Pienso que el objetivo de la liberación requiere, entre nosotros, un especial cuidado. Porque de hecho, en nuestra Iglesia real, los objetivos ideológicamente más fuertes son asistencia y evangelización : objetivos cuya articulación mutua cuenta ya, por lo demás, con una larga tradición en la conciencia y en los hábitos de sacerdotes, religiosas y laicos. Nuestros equipos de acción solidaria ligados a la Vicaría, por su misma situación y el nivel de conciencia de muchos de sus integrantes, parecen llamados a desempeñar un papel de primer orden,en cuanto a despertar y urgir en toda esta acción de la Iglesia, tal objetivo de liberación. Pero creo que estos equipos sólo tienen posibilidades reales de cumplir esa función si consiguen integrar vitalmente este último objetivo con los otros dos; no sólo en un nivel táctico, sino en el de las convicciones y los compromisos profundos.- Esto no significa que esos equipos o la propia Vicaría de la Solidaridad deban cumplir por sí mismos tareas de predicación o catequesis,ni que todos sus colaboradores deban necesariamente profesar la fe católica; pero sí que toda la actividad de la Vicaría, como de los equipos que trabajan en las acciones de base, se integre vitalmente en la misión globalmente evangelizadora de la Iglesia, en cuanto signo concreto de ese orden nuevo de justicia y comunión que Jesús anunció como el Reinado de Dios. Tal perspectiva implica, para cada uno de nosotros, un desafío a crecer en madurez humana y cristiana, y a ayudar a otros en la Iglesia a madurar también: madurez humana que incluye una conciencia y responsabilidad políticas, aunque no pueda agotarse en ellas; madurez cristiana que incluye un sentido y un compromiso de Iglesia, aunque tampoco pueda reducirse a esa dimensión eclesial.

Para terminar este asunto de los tres objetivos fundamentales de la acción solidaria, quisiera referirme a algunas de las dificultades prácticas implicadas en la búsqueda de su mutua articulación. En efecto, si tomamos en serio los tres objetivos mencionados, nuestra acción se verá inevitablemente tironeada por varias tensiones. Aquí menciono estas tres, que jamás podremos dar por resueltas en ningún modelo concreto de acción:

a) La tensión entre la preocupación por la sociedad global y su futu

ro, por la dinamización del pueblo en un horizonte de liberación colectiva... y la preocupación por cada ser humano, con su nombre y su rostro, especialmente por los más necesitados, sean o no interesantes para nuestras prioridades estratégicas.

b) La tensión entre la acción planificada a largo plazo, en función del despertar, la maduración y organización del pueblo... y la acción de urgencia, a corto plazo, frente a las situaciones extremas de hoy.

c) La tensión entre la dimensión más colectiva e histórica de la fe cristiana, como compromiso por la justicia y esperanza del Reino... y la dimensión más personal, de encuentro, conversión y estilo nuevo de vida.

2) La denuncia de la Injusticia.

Lo que hemos dicho sobre la situación en que la economía nacional ha puesto a los sectores populares, nos lleva a plantearnos la cuestión ética. Creo que para nosotros es bastantes claro que la situación que viven hoy los trabajadores y sus familias -aún reconociéndole todo su peso a los factores económicos mundiales y a la herencia de la situación nacional anterior- es injusta. Tenemos conciencia de que los pobres tienen no sólo necesidades, sino también derechos, y de que estos derechos son prácticamente ignorados por el sistema actual. En tiempos más normales hemos reconocido que los trabajadores -a los que aquí, en razón de su miseria e impotencia, llamamos "los pobres"- tienen sus derechos sobre todo frente a los sectores patronales. El Estado nos parecía más un garante o tutor de tales derechos. Hoy, en cambio, aparece más urgente la reivindicación de los derechos de los pobres frente al mismo Estado y sus Servicios. Por ejemplo, respecto del sistema educacional, que va respondiendo cada vez menos a las necesidades de los sectores populares, asumiendo cada vez más una fisonomía ideológicamente sectaria y socialmente discriminatoria; o respecto del Servicio Nacional de Salud, cuyas posibilidades de atención van quedando cada vez más reducidas, dejando a los sectores más necesitados en un desvalimiento casi absoluto; o, más en general, respecto del modelo y las grandes líneas de la política económica, de los cuales lo menos que se puede decir es que no han sido diseñados en función de los intereses elementales ni la dignidad humana de los sectores laborales. La gente, más o menos oscura o claramente, tiene conciencia de ésto.

Esta conciencia de la injusticia del sistema constituye un acuciante aguijón para la Iglesia, en todos sus niveles e instituciones, y especialmente en los más cercanos a las consecuencias humanas de la injusticia. Sabemos, en efecto, que como cristianos y como Iglesia no podemos callar; que en la medida de nuestra libertad y de nuestra audiencia debemos hacernos "voz de los sin voz". Esto ha sido claro en principio desde los orígenes más remotos del Pueblo de Dios, de Moisés para adelante, y ha sido reafirmado en los últimos años en términos claros e insistentes por las instancias más autorizadas de la Iglesia mundial. Pero, una cosa son los principios, válidos siempre y "en el mundo", y otra cosa es denunciar aquí la injusticia que se está cometiendo en este país ahora. Aquí entra el indispensable juego de la prudencia, que debe medir si la eficacia concreta de una tal denuncia compensaría los riesgos implicados en ella. El clima actual de nuestra Iglesia parece hoy dominado en este punto por una onda pesimista. Cabe formularnos, a este propósito, varias preguntas:

¿Cuál es la eficacia que se busca realmente? ¿la más "política" de correcciones a corto plazo, o la más "profética" de impedir que nuestra sociedad se siga moldeando según esquemas anticristianos e inhumanos?

¿Cuáles son los riesgos que más se temen realmente? ¿la ineficacia o el efecto contraproducente de nuestra denuncia para la situación del pueblo; o la coincidencia de hecho con la denuncia de ciertos sectores políticos, por ser políticos y por ser esos sectores; o tener que pagar, en las propias personas e instituciones, el precio de ambigüedad y persecución que ha tenido siempre toda denuncia profética?

Otro aspecto delicado es el de quién o quiénes en la Iglesia deben ejercer la denuncia pública. Se trata aquí de una "papa caliente" que tiende entre nosotros a ser sistemáticamente "pasada" al nivel jerárquico superior: los laicos se la pasan al cura, el cura al Vicario, el Vicario al Cardenal... y, una vez allí, lo más frecuente es que la denuncia sea reemplazada por la negociación. No quiero disminuir la importancia que, en las relaciones Iglesia-Estado, debe tener la negociación. Pero negociación no es lo mismo que denuncia; y, según el Evangelio y la tradición de la Iglesia, la negociación no suplanta el deber de denunciar las injusticias sociales.

En todo caso, no podemos olvidar que para cualquier grupo, o personero de la Iglesia la función de denuncia no puede normalmente ser asumida en forma aislada del cuerpo eclesial. Se trata, más bien, de que nadie eluda su responsabilidad propia dentro de una Iglesia que ha de ser crítica como tal, a partir de la información y la conciencia de sus bases, y con el discernimiento y el respaldo de sus instancias jerárquicas.

Por otro lado, tenemos que recordar que los pobres tienen derechos no sólo frente a los patrones y al Estado, sino también frente a la sociedad en general y concretamente frente a nosotros: los cristianos y la misma Iglesia. Lo que estamos haciendo para el servicio de los necesitados, no lo hacemos solamente porque somos buenos, sino porque los pobres tienen derecho a que les entreguemos nuestro tiempo y nuestras energías. En la medida en que contamos con recursos económicos, capacitación, vinculaciones, respaldo internacional; en la medida en que compartimos el prestigio y el margen de libertad que se reconocen a la Iglesia; en una palabra, en la medida en que tenemos poder... debemos poner todo eso al servicio de los pobres. Nada de eso nos pertenece a nosotros, ni a la Iglesia. Lo hemos recibido prestado, para administrarlo en la forma más fructuosa posible en beneficio de los pobres; y los pobres están sufriendo el hambre, la enfermedad y la humillación, hoy.

Por este camino llegamos una vez más a la urgencia de la acción asistencial, para atender a las indigencias más inmediatas e imposterga - bles de nuestros hermanos más necesitados. Pero, por aquí nos encontramos nuevamente con la importancia capital de un análisis lúcido y una planificación eficaz, a fin de articular este deber de asistencia, con el deber complementario de la denuncia. En efecto, no podemos olvidar ni hacer olvidar que estas tareas asistenciales no constituyen más que una suplencia transitoria en esta emergencia que golpea injustamente a los sectores populares. Porque los pobres tienen derecho a ganarse una alimentación suficiente con un trabajo digno, tienen derecho a ser atendidos en forma eficiente por el S.N.S., tienen derecho a una garantía eficaz de sus derechos humanos y civiles... y todo esto, es de la responsabilidad directa del Estado. Nuestra acción solidaria no puede prestarse para encubrir las deficiencias de los servicios y mecanismos del Estado, ni menos el abandono sistemático de sus respon-

sabilidades en la tutela y promoción del bien común.

3) La Evangelizacion integral.

Que la misión más propia y tradicional de la Iglesia le exija hacerse "voz de los sin voz" para denunciar la injusticia social, es una afirmación que,a pesar de todas las Declaraciones de los últimos decenios, todavía hoy sorprende a muchos. Es que la misma práctica y la enseñanza corriente de la Iglesia no siempre han sido igualmente consecuentes con esta misión. De allí que subsista en algunos sectores católicos la imagen de una Iglesia llamada solamente a prodigar "consuelo espiritual" y estimular la "elevación del alma", mediante creencias religiosas y normas de moral individual que se polarizan principalmente en torno al culto, con su proyección hacia una "vida eterna" ultraterrena. Los problemas socio-económicos y políticos resultan entonces, en el lenguaje sublime y armonioso que se espera de la Iglesia, altamente disonantes, si es que no abiertamente escandalosos. ¿Qué tienen que ver, se pregunta, estos asuntos tan materiales y conflictivos con la misión espiritual y reconciliadora de la Iglesia? Para otros sectores,culturalmente más alejados de los círculos católicos tradicionales, les resulta a menudo extraño que una Iglesia que pretende servir eficazmente al hombre, y frente a la urgencia de los problemas que afectan hoy a los pobres y los perseguidos, siga preguntándose por la manera de coordinar este servicio con la "evangelización". ¿Qué tienen que ver, se pregunta, estas creencias religiosas, con los problemas tan concretos y urgentes que hay que resolver en la coyuntura actual? ¿No estará de nuevo la Iglesia, más o menos inconscientemente, buscando su "ganancia de pescadores"?.

La respuesta a estos interrogantes sólo puede encontrarse a la luz de una recta comprensión de ese mensaje llamado "Evangelio", y de la manera de transmitirlo que constituye desde sus orígenes la misión más medular y la razón de ser de la Iglesia. A esto nos referíamos más arriba, cuando mencionábamos "la necesidad que los pobres tienen de que se les anuncie el Evangelio de Jesucristo y se les ofrezcan posibilidades reales de comprometerse con su causa en una auténtica comunidad de creyentes"; o cuando pedíamos que todas las acciones y los organismos eclesiales de solidaridad "se integren vitalmente en la mi

sión globalmente evangelizadora de la Iglesia, en cuanto signo concreto de ese orden nuevo de justicia y comunión que Jesús anunció como el Reinado de Dios".

Efectivamente, anunciar el Evangelio -o "evangelizar"- no es someter a la gente a algún adoctrinamiento, más o menos dogmático de creencias religiosas y normas morales; es ofrecer un testimonio viviente de alegría en las tribulaciones y de entrega abnegada a los demás, que se funda en la fe en la liberación obtenida por Jesucristo y en la esperanza cierta de su plenitud futura ofrecida a todos los hombres. No es un proselitismo para aumentar la feligresía parroquial y extender la influencia de la Iglesia como institución de poder; es una invitación a sumarse a la lucha contra todas esas fuerzas de egoísmo, prepotencia y crueldad, que -brotando del corazón de cada uno y atravesando la sociedad entera, con sus estructuras e ideologías- destruyen al hombre y la convivencia humana; es una invitación a vivir desde ya el respeto mutuo y el amor solidario, en una comunidad de hermanos que sea semilla de fraternidad y de esperanza para todos los hombres, empezando por los pobres y desvalidos. Para un cristiano, sólo en el camino de una vida y una comunidad así, tiene sentido -y es imprescindible- una palabra sobre Dios.

4) El Modelo de Iglesia.

Cuando en las reflexiones precedentes hemos hablado de "la Iglesia" -de sus distintos niveles, su mentalidad dominante, su misión y responsabilidad, su ámbito de libertad y posibilidades de acción, etc., tal vez hemos sentido una cierta ambigüedad. Y cuando, en el último párrafo, hemos hablado de una "evangelización" que debe invitar a integrarse en una comunidad que viva sencillamente la fraternidad y luche por la justicia,partiendo de los pobres, la aclaración de dicha ambigüedad se nos ha hecho másapremiante. Es que de hecho, en nuestra realidad actual, están operando dos modelos distintos de Iglesia: dos modelos que implican distinta ubicación, distinta mentalidad, distintos medios de acción. No se trata, ciertamente, de modelos que existan puros ni separados el uno del otro, pero, dentro de la Iglesia única , constituyen dos polos bastante claros de su dinámica interna y de su influencia en la sociedad :

a) Una Iglesia gran institución que valora más la disciplina y busca una mayor cohesión funcional; que tiene su centro sociológico y cultural fuera del mundo de los pobres, en los sectores ricos del país y los países ricos del mundo; que practica organizadamente la ayuda a los pobres; que tiene poder para negociar con las Autoridades y ejercer una cierta presión sobre ellas, a fin de obtener dulcificaciones en los efectos sociales del régimen; que enseña con autoridad una doctrina, y tiene acceso, al menos relativo, a los medios de comunicación social, etc.

b) Una Iglesia red de comunidades: que valora más la fraternidad y busca una mayor corresponsabilidad: que tiene su centro sociológico y cultural en el mundo de los pobres, en los sectores mayoritarios, que son los pobres del país y los países pobres del mundo; que vive y promueve la solidaridad en el medio del pueblo; que cumple allí una denuncia profética, discretamente pero asumiendo los inevitables riesgos, a fin de alimentar en los pobres la conciencia de su dignidad y la esperanza de un mundo diferente; que, en y desde el mundo popular, dá testimonio del Evangelio, sin más posibilidades de comunicación que el contacto directo de personas y grupos, etc.

Es importante que, en nuestra acción de Iglesia, sepamos situarnos lúcidamente respecto de estos dos polos. Creo que nosotros- sacerdotes, religiosas y laicos comprometidos- estamos llamados a cumplir un papel muy importante dentro de esta dinámica interna de la Iglesia, como factor articulante de esos dos polos, para una promoción más eficaz de los derechos humanos y un anuncio más auténtico del Evangelio de Jesucristo. Pero creo que no debe ocultársenos, por otra parte, la necesidad de una cierta opción: o robustecer, en la práctica, los criterios y la organización vertical de la Iglesia gran institución o apoyar y promover la Iglesia red de comunidades, ateniéndose cuidadosamente a lo que en nuestra coyuntura exige el principio de subsidiaridad. En nuestro contexto socio-político actual, son muy fuertes los reflejos institucionales tendientes a reforzar el primer modelo, cerrando filas en torno a lo que parece más seguro y eficaz, cuando no lo único posible. Pero, a mi entender, sigue siendo cierto que el futuro de una Iglesia más evangélica y auténticamente servidora del hombre está más en la línea del segundo modelo. Hay aquí implicada una opción teológica: una opción histórica -

mente situada en nuestra realidad socio-cultural, pero fundada también en la más sólida tradición del modelo evangélico de la Iglesia de Jesucristo.

Santiago, Abril de 1976.

# TEMA 3

# SOLIDARIDAD LIBERADORA COMO MISION DE IGLESIA

## SOLIDARIDAD LIBERADORA COMO MISION DE IGLESIA.

Hace seis meses que los equipos zonales de la Vicaría de la Solidaridad celebraron sus jornadas de planificación que culminaron en el encuentro de Talagante (5 al 7 de abril). En esa oportunidad, tuvimos como marco de referencias los objetivos fundamentales que nos hemos planteado para la acción solidaria: la asistencia a los necesitados, la liberación de los oprimidos, la evangelización de los pobres, la denuncia de la injusticia.

En las jornadas de reflexión en que estamos ahora, hemos tenido que retomar esos objetivos, para analizar las deficiencias y los problemas que encontramos en la práctica. Es normal y bueno que sea así. Por un lado, porque toda acción y organización humana debe, contínuamente, volver a revisarse y purificarse a la luz de su inspiración inicial.- Y por otro lado, porque esos mismos objetivos que nos han inspirado inicialmente deben ir clarificándose y ahondándose a medida que andamos el camino, con sus avances y sus tropiezos.

### I. Problemas y Criterios.

#### 1. Los objetivos de la acción solidaria y sus problemas prácticos.-

Comenzamos, pues, recordando los objetivos fundamentales de nuestra acción solidaria, para enfocar algunos de los problemas más importantes que encontramos en la práctica. Si tomamos como caso típico los comedores infantiles, tenemos estos tres objetivos que claramente nos hemos planteado: a) dar de comer a los niños desnutridos; b) denunciar los efectos masivos de un esquema económico "hambreador", y c) ofrecer un cauce de solidaridad y organización populares. Ahora bien, precisamente el carácter de dicho esquema económico es el que nos opone aquí los mayores obstáculos, tendiendo a envolver nuestra acción en su círculo vicioso.

Porque vemos que los efectos de este esquema en el pueblo son de tal magnitud, que no sólo se extiende cada vez más la miseria, sino que se recucita una verdadera sub-cultura de la marginación y la dependencia.

a) En cuanto a dar de comer, tratamos de procurar mayor eficiencia a una acción asistencial urgente e ineludible. En las comunidades cristianas y el mismo pueblo de los pobres, los comedores infantiles surgieron y se han multiplicado como una manera de vivir en la actual emergencia el amor al hermano necesitado. Los cristianos sabemos que este amor, concreto y eficaz, se nos ha señalado como criterio último para el juicio de nuestra vida entera: "Porque tuve hambre y me disteis de comer" (Mateo, 25). Y la misma Iglesia de Jesucristo no tendría cara para orar al Padre y predicar a los hermanos si en una situación como la presente no practicara ella misma, en la medida de sus recursos y posibilidades, ese mandato fundamental (1).

Pues bien, en este aspecto asistencial constatamos ahora, en primer lugar, que la expansión de los comedores infantiles se halla detenida, mientras que las necesidades se agravan y se extienden cada vez más. Es obvio que el alcance de esta acción solidaria no guarda proporción con la magnitud de las necesidades, y que sólo puede constituir un pequeño paliativo. Y aquí nos preguntamos, con creciente inquietud, por la significación real de este paliativo. Esto, desde luego, por la cantidad relativamente pequeña de niños que se sirve (2), pero también por la deficiente calidad nutritiva de la alimentación ofrecida (3). Y aún más, nos preguntamos si acaso -con lo limitado de nuestros recursos- no estaremos produciendo sin querer nuevas desigualdades y discriminaciones odiosas, entre vecinos e incluso dentro de cada familia. Porque, ante la avalancha de casos en necesidad extrema, ¿qué valor pueden tener nuestros criterios de selección?

---

(1) Cf. Card. R. SILVA H. Y LOS VICARIOS DE SANTIAGO, Carta Pastoral de la Solidaridad, 1975.

(2) Recordemos las cifras de marzo último: 25 mil niños en Santiago almorzando en los comedores, para 250 mil trabajadores cesantes.

(3) Según las mismas cifras de marzo, aunque los alimentos ofrecidos suelen incluir un adecuado porcentaje de proteínas, sólo proporcionan entre el 25 y el 50% de las calorías requeridas diariamente.

b) Esta situación angustiosa nos está urgiendo cada vez más el segundo objetivo que nos hemos planteado para los comedores: denunciar el esquema económico "hambreador" que se está aplicando en el país. Si una alimentación suficiente para la vida y el desarrollo humano es un derecho sagrado de todo niño, la estabilización de un esquema económico nacional que implica el hambre y la degradación para una parte importante de nuestra población infantil, debe ser denunciada como situación de grave pecado, como traición a la única patria real: la del pueblo y las personas concretas que lo integran.

En un comienzo, los comedores resultaban molestos para ciertos sectores, porque su sola existencia estaba mostrando el deterioro de la situación económica de los sectores populares. Por eso, los comedores infantiles recibieron fuertes presiones, y no habrían podido continuar si la Iglesia no hubiera respondido con firmeza. Sin embargo, poco a poco la propaganda oficial ha ido asumiendo el hecho de la extrema pobreza en el país, justificando siempre la mantención del esquema económico imperante. Aún más, el propio Gobierno ha dado la impresión de querer competir con la Iglesia en la implementación de acciones paliativas, las que suelen ofrecerse como pruebas del carácter humanitario y cristiano de su propia orientación. Por esta vía se ha logrado, en parte, una recuperación ideológica de los comedores infantiles apoyados por la Iglesia, reduciendo su carácter escandaloso para convertirlos en una acción normal de beneficencia. Así las cosas, es lógico que nos preguntemos si los comedores no habrán dejado de ser un signo de denuncia, e incluso si no estarán convirtiéndose en otro factor más del encubrimiento de la injusticia. Constato esto, no porque dude que debamos seguir apoyando esta acción solidaria. Está, desde luego, la vigencia de los otros dos objetivos mencionados, por limitado que sea su alcance real. Pero además, en cuanto a este mismo objetivo de denuncia, debemos comprender que era normal que el sistema intentara esa recuperación ideológica y que -dado el poder sico-social con que cuenta- la lograra en buena medida.

Ya no es tan claro, en efecto, que los comedores infantiles constituyan por sí solos un signo de denuncia. Ahora el desafío para nosotros está en que puedan seguir siéndolo como parte de una acción coordinada por un organismo más complejo y global. Pienso en la Vicaría de la Solidaridad, y pienso en la misma Iglesia, como entidad responsable del Evangelio de Jesucristo.

La Iglesia sabe, en efecto, que "la promoción de los derechos humanos es una exigencia del Evangelio y debe ocupar un lugar central en su ministerio" (4). Sabe también que "la defensa de los derechos humanos... implica la denuncia de las violaciones cometidas o en acto, ya se trate de acciones aisladas, ya de situaciones permanentes" (5). Y sabe, por último, que para cumplir esta denuncia sus propios organismos y representantes necesitan "buscar la comprensión profunda de los mecanismos que regulan las estructuras socio-económicas en las cuales los derechos del hombre no son, o no pueden ser, respetados, y prestar su colaboración para cambiarlas" (6).

c) En cuanto al tercer objetivo que nos hemos planteado para los comedores infantiles, el de ofrecer cauces de solidaridad y organización populares, queremos poner nuestra parte que -a pesar de todos los obstáculos- pueda seguir verificándose entre nosotros aquello de que "nace en los grupos humanos y en los mismos pueblos una conciencia nueva, que los sacude contra la resignación al fatalismo y los impulsa a su liberación y a la responsabilidad de su propia suerte" (7). Como cristianos, sabemos, por lo demás, que "la misión de predicar el Evangelio requiere en el tiempo presente que nos comprometamos en la liberación integral del hombre ya desde ahora, en su existencia terrena" (8). Sabemos que "al predicar el Evangelio... la Iglesia llama al mismo tiempo a todos los hombres, especialmente a los pobres, los oprimidos y los afligidos, a cooperar con Dios en la liberación del mundo de todo pecado y en la edificación del mismo mundo; porque sólo cuando este mundo se convierta en una obra del hombre para el hombre, llegará a su plenitud la creación" (9). Y sabemos, por último, que este llamado de la Iglesia implica su propio compromiso de "alentar y favorecer todos los esfuerzos del pueblo por crear y desarrollar sus propias organizaciones de base, por la reivindicación y consolidación de sus derechos y por la búsqueda de una verdadera justicia. (10).

---

(4) PABLO VI Y EL SINODO DE OBISPOS DE 1974. Derechos Humanos y Reconciliación.

(5) COMISION PONTIFICIA JUSTICIA Y PAZ, la Iglesia y los Derechos del Hombre, 1974 N.78. Cf. SINODO DE OBISPOS DE 1971, la Justicia en el Mundo (en la edición de "Mensaje", Dic. de 1972. nn. 38 y 59).

(6) COMISION PONTIFICIA JUSTICIA Y PAZ, doc. cit., N.90

(7) SINODO DE OBISPOS DE 1971, la Justicia en el Mundo (en la edición de "Mensaje", N.4).

(8) Ibid., N.37

(9) Ibid., N.79

(10) 2a. CONFERENCIA GRAL. DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO (Medellín, 1968, doc. Paz., N.27.

Pues bien, en este aspecto de apoyo a una liberación solidaria, constatamos con inquietud que la organización concreta de los comedores a menudo tiende, por el contrario, a reproducir los esquemas verticales y paternalistas. Tal vez, para usar una imagen más apropiada, deberíamos hablar de un esquema "maternalista". Porque se trata de la Madre Iglesia, a la que a veces hacemos aparecer más como la gran "vaca lechera" que como el signo e instrumento de la fraternidad efectiva entre los hombres y los pueblos; y porque se trata también de las señoras responsables de los comedores, cuya misma generosidad, fortaleza y deseo de eficiencia, las lleva a veces a asumir actitudes de matriarca o de patrona. Nos preocupa que, por este camino, no sólo estemos fallando en cuanto a promover la solidaridad entre hermanos y la toma de conciencia y organización del pueblo, sino que estemos,sin quererlo,favoreciendo nuevas formas de resignación y dependencia, y bloqueando el surgimiento de organizaciones auténticamente populares. Pero aquí también, creo que se nos pide, además de una constante revisión autocrítica, un gran realismo respecto de las condiciones objetivas de nuestra acción y una gran constancia para enfrentarlas con visión de futuro.No se trata de renunciar a una perspectiva liberadora que debe ser para nosotros irrenunciable, pero sí de saber que estamos partiendo a menudo de situaciones humanamente muy deterioradas. La desnutrición, en efecto, afecta no sólo a los niños, sino a la familia entera; va haciendo sus estragos no sólo en sectores cada vez más amplios de la población, sino en niveles cada vez más profundos de las personas. De hecho, una mamá durante años desnutrida, humillada, viviendo en condiciones infrahumanas, pierde toda capacidad de interesarse por algo que vaya más allá de su obsesión por un plato de comida para sus niños y para sí. No se puede, de partida, apelar a su esperanza, su conciencia solidaria, su creatividad. Todo eso está allí en semilla, pero es una semilla que debe ser regada y cultivada, partiendo por las condiciones mínimas de sustento biológico y acogida humana. Se trata, pues, de un servicio liberador paciente y a largo plazo, pero cuya perspectiva debe estar efectivamente presente desde ahora. Esto sólo es posible si nuestra acción se apoya en una fe inquebrantable: fe en la inamisible dignidad de cada ser humano, y en la irrenunciable vocación de nuestro pueblo a desarrollarse solidariamente y alcanzar la verdadera libertad.

## 2. El desajuste con las expectativas de la gente.

El mismo problema práctico que acabo de mencionar, en relación con nuestro objetivo de ofrecer cauces de solidaridad y organización populares, se nos plantea también en la forma de una desconfianza y un malestar que experimentamos a veces en nuestra colaboración con la gente. Me refiero primordialmente a los mismos necesitados, pero también a muchas personas y muchos grupos de los que trabajan a nivel de base. Se trata, en el fondo, de un desajuste entre las expectativas y demandas de la gente y los objetivos y ofertas que llevamos nosotros: los equipos de apoyo, las zonas, la misma Vicaría. Ellos, justamente por la situación de urgencia que viven, suelen centrar su preocupación en conseguir o procurar asistencia inmediata : trabajo remunerado, atención médica, comida... Nosotros, en cambio, justamente por nuestra visión de los problemas más globales, centramos nuestra preocupación, más bien, en apoyar los factores de un proceso de liberación más integral y a más largo plazo: dignidad, toma de conciencia de la situación y la responsabilidad, organización...

Hay que reconocer que, en cierta medida, este desajuste provoca frustraciones en ellos y,en nosotros, provoca desconfianzas que son recíprocas. Por un lado, la gente parece temer a veces que nosotros estemos buscando aprovecharnos de su hambre y sus apuros para imponerles ideas, conductas y colaboraciones que ellos no buscan. Temen verse usados como materiales para construcciones cuya razón y destino les resultan ajenos, para fines que nosotros "traeríamos debajo del poncho". Por otro lado, nosotros nos sentimos a menudo aplastados por la marea de gente que nos asedia en busca de servicios urgentes, cuando nosotros querríamos ayudarlos sobre todo a tomar conciencia, a recuperar el sentido de su propia dignidad, a organizarse. Tenemos una visión del hombre, del pueblo y de la historia, que nos hace imposible renunciar a ello. Sabemos que la gente necesita con urgencia llenar su estómago. Pero, no podemos conformarnos con estómagos llenos. Queremos hombres. Y al sentirnos arrollados por gente que no parece querer nada de eso, también nosotros nos sentimos frustrados, usados como utensilios para las necesidades del momento.

Frente a este problema, con sus dos caras, hay tres factores que necesitamos no perder de vista :

a) En primer lugar, la mirada realista que mencionábamos más arriba sobre la situación infrahumana en que se encuentra a menudo la gente que acude a nuestros servicios. Situación caracterizada no sólo por un deterioro biológico, sino también por una serie de complejos y desconfianzas que la experiencia ha ido arraigando muy hondo en sus vidas, y que configuran aquella sub-cultura de la marginación y la dependencia a la que aludimos en el capítulo anterior.

b) En segundo lugar, tener en cuenta que este tipo de desajuste no constituye algo nuevo, ni específico de nuestra tarea, sino que parece inherente a toda actividad que implique prestar a personas y grupos un servicio calificado y con una perspectiva social. Se trata de una experiencia bien conocida por asistentes sociales, maestros, médicos, pastores... Si yo acudo a un médico porque siento un malestar que me limita cada vez más, es altamente probable que él me pida una serie de exámenes que no me traerán por sí mismos ningún alivio; es posible que me prescriba un tratamiento largo y penoso; e incluso , podría ser que tuviera que usar mi "caso" para contribuir a la elaboración de una política de salud frente a problemas o riesgos que conciernen a la colectividad. Nada de eso era buscado por mí cuando acudí al médico. Y sin embargo, en la medida de mi madurez, debo asumirlo; y en la medida de mi inmadurez, hay cierto derecho a que me sea impuesto como condición para superar mi malestar, porque es condición objetiva para mi salud integral. Y cuando una pareja acude a mí como sacerdote para que les bautice su guagua, si soy fiel a la misión recibida y quiero tomarlos en serio como hijos de Dios,no puedo contentarme con ponerle el agua a la criatura y rezar unas oraciones. Debo ayudarles a los padres a tomar conciencia del significado del gesto que piden, invitarles a dar un paso adelante en su fe en el amor del Padre y su compromiso con la causa de Cristo, y a sentirse acogidos y estimulados por una comunidad de creyentes. Aunque nada de esto fuera conscientemente buscado por esa pareja al pedir el bautismo para su guagua, es normal que lleguen a asumirlo, y yo como ministro de la Iglesia tengo el deber de pedírselo, porque es condición para la autenticidad y fecundidad de su gesto sacramental. Tanto en el caso del médico como en el del sacerdote, son conocidas las

tensiones y frustraciones que suele producir el desajuste entre las expectativas de la gente y esos objetivos del servicio calificado.- Son tensiones que los servidores debemos aprender a asumir con una actitud pedagógica, la que es condición para la eficacia liberadora que nuestros hermanos tienen derecho a exigir de nosotros, aunque a menudo no tengan (ni puedan tener) conciencia de ello.

c) Esto nos lleva al tercer factor que necesitamos tener en cuenta frente a este problema : el cuidado permanentemente renovado de que nuestra pedagogía sea realmente liberadora, y no adoctrinadora ni domesticadora. Porque se trata de ofrecerle a la gente ni más ni menos que las condiciones y las herramientas para que ellos mismos se reconozcan, tomen la palabra, se comprometan con sus hermanos, descubran su propio camino y actúen organizadamente por su cuenta. Sólo si nos limitamos a hacer esto, y lo hacemos realmente, nuestro servicio orientado a la toma de conciencia y organización del pueblo podrá ser realmente solidario y liberador, como debe serlo en cuanto servicio de la Iglesia. Sabemos, en efecto, que la Iglesia, continuando la misión de Cristo, "debe hacer cada vez más viva y operante esta liberación de los pobres, de los oprimidos y de los marginados, prestando su decidida colaboración para construir un mundo donde todo hombre, sin excepción... pueda vivir una vida plenamente humana, emancipado de las servidumbres que le vienen de parte de los hombres y de una naturaleza insuficientemente dominada; un mundo donde la libertad no sea palabra vana". (11). Y "como toda liberación es ya un anticipo de la plena redención de Cristo, la Iglesia de América Latina se siente particularmente solidaria con todo esfuerzo educativo tendiente a liberar a nuestros pueblos". (12).

---

(11) COMISION PONTIFICIA JUSTICIA Y PAZ, Doc. cit., N.57. Cf. PABLO VI, Populorum Progressio, N.47.

(12) 2a. CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO (Medellín, 1968), doc. Educación N.9.

3. Desconfianza mutua con sectores de la pastoral ordinaria.

Otro problema que debemos abordar aquí, es el de un cierto desinterés o desconfianza que encontramos para nuestra acción y nuestros objetivos por parte de algunos Vicarios, de varios curas, y de sectores laicos más ligados a las parroquias. Más en general, podemos decir que las organizaciones y los representantes de lo que suele llamarse la "pastoral ordinaria", no terminan de digerir la acción de esta Vicaría, y a veces, ni siquiera las acciones de base -comedores, bolsas de trabajo, etc.- que la misma Vicaría está destinada a promover y coordinar. A decir verdad, se trata de un desinterés y una desconfianza que suelen ser recíprocos. A menudo entre los "trabajadores de la solidaridad" - aunque vivan un compromiso cristiano muy sincero- no se da un mayor entusiasmo por el conjunto de reuniones, cursos y sacramentos que suelen constituir la "cosa pastoral" de la Iglesia.

Hay en este problema varios aspectos, que se dan mutuamente implicados:

a) En primer lugar, pienso que hay una cuestión de poder. En la Iglesia católica, los pastores hemos tenido que ir aprendiendo a hacernos ayudar por los laicos, confiándoles responsabilidades en la gestión parroquial, la liturgia, e incluso en la formación cristiana y el "pastoreo" de las comunidades. Pero todas éstas son tareas que en cierto modo prolongan y complementan nuestra propia función pastoral, y de las que nosotros seguimos constituyendo la última instancia en el saber y en el poder. Más difícil nos resulta aprender a respetar, acompañar pastoralmente y apoyar a los laicos en tareas que les corresponden más propiamente a ellos. Especialmente si estas tareas exigen una preparación profesional que no poseemos, y más aún si suponen saber orientarse en un terreno laboral y político que nos es a menudo completamente ajeno, vemos que ellas escapan de nuestro control y nos sentimos inseguros. Y, sin embargo, no por escapar de nuestra competencia directa como pastores, son esas tareas menos ineludibles como responsabilidad de Iglesia. Esto vale también, y sobre todo, en lo que toca a ese objetivo más delicado de la denuncia de la injusticia. "Todo bautizado en la Iglesia tiene sus responsabilidades incontestables, y sobre todo en el campo de las violaciones de los derechos del hombre, los laicos deben comprometerse generosamente en la denuncia, acompañándola con una acción constante y coordi-

nada, para que sus palabras no sean vanas sino, antes bien, representen un testimonio eclesial con carácter comunitario" (13).

b) En segundo lugar, creo que interviene también un factor socio-cultural. Ya en 1967 el Sínodo de Santiago constataba que entre nosotros la no adhesión a la Iglesia no era sólo (o tanto) una cuestión teológica, sino más bien "un fenómeno de grupos sociales y culturales distintos de los católicos" (14). Hoy en día, las circunstancias históricas han acercado a muchos a participar en las acciones solidarias patrocinadas por la Iglesia y a compartir en diversos grados de conciencia y adhesión- la fe y la esperanza de Jesucristo. Pero, este acercamiento a la fe y la praxis cristianas no implica ordinariamente, un acercamiento al lenguaje, la mentalidad y las prácticas corrientes en los "medios católicos". Estos siguen sintiéndose como extraños, y es normal que las personas y grupos que viven más o menos inmersos en estos medios experimenten respecto de esos "recién llegados" la sensación recíproca. Aquí se nos plantea, a los que estamos "trabajando en la viña" desde más temprano (cf. Mateo 20, 1-16), un gran desafío, el mismo que desde el principio ha debido enfrentar toda Iglesia auténticamente misionera: el desafío de no exigir de hecho -como condición para ser acogido en la comunidad de los creyentes en Cristo- la aceptación del lenguaje, la mentalidad y las prácticas de nuestra propia tradición cultural (15), ni tampoco la ideología política que se dá como más normal y confiable en nuestro propio medio social (16).

---

(13) COMISION PONTIFICIA JUSTICIA Y PAZ, Doc. cit., N.84.

(14) SINODO DE SANTIAGO, Iglesia de Santiago, ¿qué dices de tí misma? I, 1967, pág. 199.

(15) Este desafío fue crucial en la vida y expansión de la primera Iglesia cristiana, desde Esteban(Hechos, 6), Pedro (Hechos, 10-11) y Pablo (Hechos, 15); Gálatas, 2. Este último, en sus Epístolas, hizo de éste uno de los motivos centrales de su reflexión sobre la originalidad y la destinación universal del Evangelio, Cf. CONCILIO VAT. II, Ad. Gentes, nn. 8-12.

(16) Cf. Pablo VI, Octogésima Adveniens, N.50.

c) Por último, está el hecho mismo de tratarse de tareas y objetivos distintos, los que suponen distinto tipo de contactos y preocupaciones,y presentan, por uno y otro lado, sus limitaciones y sus riesgos. Los "trabajadores de la solidaridad" están en contacto permanente con las situaciones de miseria e injusticia, y su preocupación central puede resumirse en dos palabras muy cargadas de vivencia, compromiso y esperanza: "SOLIDARIDAD LIBERADORA. Los "agentes pastorales" tienen sus contactos sobre todo entre los asiduos de parroquias y comunidades cristianas, y su preocupación central puede resumirse también en dos palabras, no menos ricas en experiencia vivida y proyección misionera: COMUNIDAD EVANGELIZADORA. En el nivel de los principios, si entendemos bien las cosas, no puede haber problema.- Por un lado, la solidaridad no será auténtica,si no suscita formas relativamente estables y profundas de comunidad; y no será integralmente liberadora, si no se abre de algún modo al encuentro con el Dios Vivo que en Jesucristo lleva al hombre a su plenitud (17). Por otro lado, la comunidad no será cristiana, si se encierra en su propio círculo, desoyendo las necesidades y angustias de "los de fuera", y no será evangelizadora, si se limita a ofrecer un mensaje religioso, desconectado de los problemas humanos y sin la verificación de un compromiso auténtico en la liberación de los oprimidos(18). Pero, en la práctica, las cosas suelen darse en forma más chata y menos pura. Entonces, los responsables pastorales ven que la "acción solidaria" presta una serie de servicios asistenciales, con relativa eficiencia, pero se preguntan a dónde lleva todo esto en cuanto a la misión más propia y permanente de la Iglesia: hacer comunidad cristiana y evangelizar. Más profundamente, cuando ven en los "trabajadores de la solidaridad" su preocupación por la conciencia y la organización populares, se preguntan con temor en qué medida no envolverá ésto una concientización ideológica e incluso una instrumentalización política partidaria. Y, por su parte, los "trabajadores de la solidaridad" ven que la acción pastoral organiza una serie de reuniones, cursos de formación religiosa y actos de culto, pero se preguntan también a dónde lleva todo ésto en cuanto a responder a las necesidades graves y apremiantes de los pobres, los humillados y los perseguidos; se preguntan si acaso a través de todo esto se está trans

---

(17) Cf.PABLO VI, Populorum Progressio, nn. 20-21; Evangelii Nuntiandi nn. 30-33.

(18) Cf.CONCILIO VAT. II, Gaudium et Spes, nn. 1-3; Ad Gentes, n.12. SINODO DE OBISPOS DE 1971, La Justicia en el Mundo, (en la ed. de "Mensaje") nn. 5-6 y 32-37. PABLO VI, Evangelii Nuntiandi, nn. 30-33.

mitiendo realmente una noticia entusiasmante, que funde una esperanza renovadora y aliente una liberación humanamente verdadera. Más pro - fundamente, cuando escuchan de los "agentes pastorales" su lenguaje de reconciliación y espiritualidad, se preguntan con temor en qué medida no envolverá esto un bálsamo encubridor de las injusticias, una evasión alienante de la dura y exigente realidad histórica que estamos viviendo. Se trata de una confrontación que puede ser purificadora y enormemente fecunda para una y otra línea, como para la vida y misión de la Iglesia misma. ¿En qué medida su "pastoral" es, entre nosotros ahora, realmente evangelizadora de los pobres? ¿En qué medida sus "servicios" son, entre nosotros ahora, realmente solidarios y liberadores de los oprimi - dos?. La misma confrontación está exigiendo, por uno y otro lado, ma - yor definición y compromiso. ¿En qué sentido debemos exigirle a la"pastoral ordinaria" que constituya un aporte a la liberación del hombre y del pueblo, y en qué sentido no? ¿En qué sentido debemos pedirle a las "tareas solidarias" apoyadas por la Iglesia que sirvan para transmitir el Evangelio e invitar a la comunidad cristiana, y en qué sentido no?.- Ambas líneas son ineludibles e inseparables, para una Iglesia que tiene que cumplir su misión para este pueblo en esta situación histórica. Ambas líneas están llamadas a apoyarse y autentificarse mutuamente, pero cada una tiene sus objetivos y sus medios específicos, los que no pueden suplantarse ni confundirse sin desvirtuar al mismo tiempo el Evangelio, y el servicio al hombre

## II. Temas de Reflexión.

### 1. La orientación del sistema imperante.

Nuestro contacto diario con la cesantía y el hambre, con el deterioro biológico y síquico de los sectores populares; los datos y los análisis con que contamos de la situación laboral, la salud, la educación, en las zonas donde trabajamos y en el país; todo esto, no sólo nos está mostrando contínuamente un cúmulo de necesidades y miserias, sino que nos mantiene ante la evidencia de un sistema socio-económico injusto. Sabemos que las circunstancias económicas y sociales del país son críticas. Pero, en estas circunstancias, el sistema que se ha montado no sólo ha sido incapaz de proporcionar trabajo digno y subsistencia humana a los sectores populares mayoritarios, sino que ha venido marginando cada vez más a estas mayorías de los beneficios y servicios de la sociedad, como de toda posibilidad de influir en la

marcha de la cosa pública, y al mismo tiempo, ha venido obstaculizando o reprimiendo toda expresión de conciencia colectiva y toda creatividad social auténticamente populares.

En esta situación, tenemos claro que nuestro servicio solidario no puede limitarse a una asistencia frente a las necesidades individuales e inmediatas. Creemos que nuestro servicio vale la pena en cuanto puede significar un aporte de humanización liberadora para el pueblo. Un apoyo a la gente de nuestras poblaciones y nuestros campos, para tomar conciencia de sus derechos y responsabilidades, para organizarse y trabajar solidariamente, a fin de que pueda superar su condición de objeto, material o desecho de las empresas y el Estado, y construir creativamente un mundo más justo y fraterno.

Para nostros, esta proyección liberadora del servicio solidario es un imperativo de nuestra conciencia humana y cristiana. Al afirmar esta convicción, no estamos situándonos como cristianos en una posición más o menos peculiar o marginal. Por el contrario, nos encontramos en toda la línea de lo que la Iglesia católica - través de innumerables documentos de sus portavoces más autorizados- ha venido señalando con insistencia como imperativo cristiano del tiempo presente. Más aún, la misma Iglesia, como comunidad jerárquicamente organizada, ha comprometido su acción en este sentido (19).

Ahora bien, también el régimen imperante se presenta a sí mismo y pretende legitimarse a partir de un imperativo de conciencia humana y cristiana. En este caso, se trata de la reconstrucción de una economía realista y eficiente, se trata de la defensa y restauración institucional del legado humanista y cristiano de Occidente. ¿Cómo explicarnos, entonces, que de una eficiencia y una defensa tan cristianamente inspiradas resulten de hecho efectos de empobrecimiento, marginación y represión de las mayorías populares, tan violentamente contradictorios con nuestra propia conciencia cristiana y los llamados apremiantes de la Iglesia ?.

---

(19) Para limitarnos al período abierto por el último Concilio y mencionar sólo los documentos más importantes en la materia, podemos citar : JUAN XXIII, Mater et Magistra (1961) y Pacem in Terris (1963); CONCILIO VAT.II, Gaudium et Spes (1965); PABLO VI, Populorum Progressio (1967) y Octogesima Adveniens (1971); 2a. ASAMBLEA GRAL.DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, Conclusiones (1968); SINODO MUNDIAL DE OBISPOS, La Justicia en el Mundo (1971), Derechos Humanos y Reconciliación (1974); COMISION PONT. JUSTICIA Y PAZ, la Iglesia y los Derechos del Hombre (1974).

Para explicar esta contradicción, no basta atribuirla a inconsecuencias prácticas o abusos aislados. Tampoco basta pensar que el régimen no haya conseguido todavía restablecer una convivencia democrática y una economía que sirva al pueblo. Los mismos documentos y declaraciones oficiales nos ponen ante la evidencia de que, tanto la eficiencia económica como la democracia y la libertad, tienen en el pensamiento del régimen y en la doctrina de la Iglesia contenidos diferentes y, en aspectos esenciales, contradictorios. Esta constatación nos pone, a nosotros y a la misma Iglesia, ante la necesidad de buscar mayor claridad y tomar posición sobre la orientación ideológica del sistema imperante. Evidentemente, no es posible, en los límites de esta exposición, abordar la clarificación metódica que sería necesaria. Sólo pretendo aquí, como un estímulo a la reflexión, llamar la atención sobre un aspecto que incide más directamente en nuestro trabajo solidario, y en el cual aparece una clara convergencia de los tres factores ideológicos principales que orientan el sistema :

a) Tal vez, el factor ideológico más novedoso para nosotros, sea el de la doctrina de la Seguridad Nacional. En realidad, el término "Nacional" en esta fórmula no se refiere a lo que entendemos habitualmente por "comunidad nacional", ni menos por "pueblo". "Nación" corresponde aquí, más propiamente a "Estado", el cual es concebido como una entidad superior, personificada como el único verdadero sujeto de la historia. El pueblo ha pasado a ser la masa de "habitantes", los que, junto al territorio con sus recursos económicos y estratégicos, conforman uno de los elementos constitutivos del Estado. La gente ha pasado a ser el "material humano" con que el Estado cuenta para su existencia, seguridad y expansión. El Estado no es ya concebido, pues, como un cuerpo institucional con que el pueblo se dota a sí mismo, al que delega ciertas funciones de su soberanía, y del cual permanece siempre como instancia última de control y responsabilidad. En otras palabras, la relación Estado-pueblo se halla aquí invertida: ya no se plantea al Estado en función y al servicio del pueblo, sino al pueblo en función del Estado. Dentro de este esquema, puede haber sectores más o menos importantes de la población que para las conveniencias del Estado resulten estratégicamente neutros, o aún negativos. Por razones económicas, sico-sociales (ideológicas) o militares, puede haber una parte de los habitantes que para la prosperidad, la tranquilidad o la segu -

ridad del Estado, se consideren sobrantes o incluso nocivos. Entonces, habrá que prescindir de ellos, o neutralizarlos, o deshacerse de ellos.-

b) Pero, tal vez mayor influencia real sobre la orientación del sistema imperante tenga la ideología del capitalismo liberal. Se trata aquí de la concepción del hombre y la sociedad quesubyace a una doctrina económica que se presenta a sí misma como no-ideológica,meramente científica y pragmática. Según esta doctrina, la economía de una nación y del mundo sólo puede desarrollarse en forma sana si se deja libre curso a las leyes "naturales" del mercado. Estas seleccionan espontáneamente a los hombres y las empresas más eficientes, los que, estimulados por un lucro siempre mayor, encauzan de hecho el progreso de la colectividad al ofrecer trabajo y bienestar a sectores cada vez más amplios de la población. El trabajo digno y la subsistencia humana para todos no es ya el objetivo primordial de una política económica diseñada y dirigida con participación de todos, sino el sub-producto automático de una economía entregada a la avidez de los más "eficientes". Para éstos -y en la práctica, sólo para ellos- se defienden los derechos "sagrados" a la propiedad privada de los bienes de producción y a la libre iniciativa empresarial. En otras palabras, encontramos también aquí una inversión de términos: ya no se plantean la producción y los beneficios económicos de las empresas en función de las necesidades de trabajo y consumo de la población, sino que se atiende a estas necesidades en cuanto conviene a los requerimientos de las empresas. Dentro de este esquema, si en el país se da un alto porcentaje de cesantía, y si los que están trabajando perciben salarios que se encuentran en gran parte por debajo del nivel mínimo de subsistencia humana, se trata de fenómenos lamentables, pero naturales e inevitables en determinadas coyunturas de la economía nacional. Más aún, se trata de fenómenos que tienen también una significación económica positiva, puesto que implican -a nivel nacional e internacional- un margen de mano de obra potencial para la expansión industrial y una garantía de bajo precio en el mercado del trabajo.

c) Por último, tenemos también la influencia de la ideología política del tradicionalismo o la restauración católica. Se trata aquí de la reacción aristocrática frente a los movimientos igualitarios y democráticos de los tiempos modernos. Reacción que pretende restaurar la je -

rarquía "tradicional" de valores culturales y de estratos sociales, la que se concibe como el único orden capaz de encarnar las virtudes y la espiritualidad del cristianismo. Según esta ideología, el bien de la misma colectividad exige que ella sea animada y dirigida por las elites aristocráticas, las que junto con su espiritualidad y cultura han recibido la misión providencial de regir a las masas. A éstas últimas les corresponde cumplir disciplinadamente con sus deberes de "trabajo servil", lo que las hace merecedoras de beneficiarse con el progreso material y cultural creado y difundido por la clase dirigente. Las elites no se entienden, pues, como surgidas en el mismo pueblo, para servir el propio dinamismo de cultura y participación populares, sino como una casta superior, llamada a dirigir al pueblo desde arriba y a comunicarle algunos sub-productos de su propia cultura. Tanbién aquí nos encontramos con una inversión de términos: ya no son las elites las que deben interpretar y servir el dinamismo popular, sino el pueblo el que debe servir y reproducir el orden y los valores de las elites dirigentes. Los grupos y organizaciones populares que no se ajustan a este esquema, son instintivamente considerados como peligrosos para el orden social y los valores cristianos, son descalificados como disidentes o incluso perseguidos como subversivos.

Sin duda que en la preocupación por la seguridad del Estado, la eficiencia capitalista y los valores de la civilización cristiana pre-moderna, se encuentran también requerimientos legítimos, tanto en el plano económico y político como en el cultural y religioso. Sin duda, también, que cada uno de estos tres factores ideológicos influyen en las personas, los organismos y las políticas concretas del régimen actual en formas y medidas diversas. Aquí he querido solamente mostrar cómo estos tres factores convergen en motizar y legitimar para los sectores populares una situación sistemática de discriminación, marginación y dependencia. En este aspecto, dichas corrientes ideológicas se hallan en abierto contraste con la concepción cristiana del hombre y la sociedad, tal como ha sido reiteradamente formulada en sus documentos recientes por la Iglesia católica (20).

---

(20) Cf. más arriba, nota 19.

## 2. La Evangelización: anuncio comprometido de Dios en el hombre.

Plantear la acción solidaria como misión de Iglesia, implica mostrar su vinculación esencial con la misión de anunciar - con la propia vida y la palabra- el Evangelio de Jesucristo. La misma Iglesia,en los documentos oficiales que hemos citado, plantea reiteradamente la vinculación entre sus tareas de liberación solidaria y su misión evangelizadora, y lo hace desde dos ángulos : uno más "pastoral", partiendo de las indispensables proyecciones humanas y sociales del Evangelio del Reino de Dios, y otro más "antropológico", partiendo de la necesidad de que las liberaciones humanas, para ser plenamente tales, se abran en alguna forma al horizonte del Reino de Dios (21). Esta doble aproximación nos ofreció más arriba el marco de referencia para explicar el carácter complementario de las "tareas solidarias" y la"pastoral ordinaria", entendidas como acciones de Iglesia distintas pero inseparables. Sin embargo, con lo dicho hasta aquí podría quedar todavía la impresión de que misión evangelizadora y acción solidaria de liberación guardaran entre sí una relación meramente externa: en cuanto trabajar en la liberación humana conferiría mayor credibilidad a la Iglesia para anunciar el mensaje evangélico, y en cuanto la acogida del Reino de Dios anunciado por ese mensaje vendría a superponerse a las liberaciones humanas como su coronación. En realidad, ésta sería una comprensión demasiado superficial de las cosas. Para mostrarlo,he creído conveniente sugerir aquí algunas pistas de reflexión sobre la evangelización como anuncio comprometido de Dios en el hombre.

En muchos encuentros y documentos recientes de la Iglesia católica, se ha venido insistiendo en la importancia central que para ella tiene la evangelización. Por lo menos en el nivel de los principios -ya que no siempre en el de las conductas y las instituciones- se destaca el anuncio del Evangelio como la misión esencial de una Iglesia esencialmente misionera, fundada y enviada a los pueblos para eso. Ahora bien,si es cierto que la evangelización es -o debería ser- la tarea más central de

---

(21) Para citar solamente dos documentos más recientes, cf. COMISION PONT. JUSTICIA Y PAZ, La Iglesia y los Derechos del Hombre (Dic. 1974, nn. 45-59; y PABLO VI, Evangelii Nuntiandi (Dic. 1975).nn 29-38.

la Iglesia como comunidad jerárquicamente organizada, esto no significa que, para nuestra visión cristiana, esta tarea sea lo más importante que tengamos que hacer en la vida ni lo más central que deba hacerse en el mundo. La Iglesia, como comunidad institucionalizada, existe para anunciar el Evangelio, pero el Evangelio ha de ser anunciado para que -en la vida concreta de los hombres y los pueblos- se den la fe y la esperanza de Jesucristo, y el amor y la justicia sean liberados y orientados a la plena comunión de los hijos de Dios. En otras palabras, la Iglesia, con sus instituciones y tareas específicas, no existe para sí misma, ni para atraer a los hombres a una salvación de la que ella tendría el monopolio, sino para servir, según su modo propio e insustituible, la liberación que Dios va operando con los hombres en el mundo. Dicho en términos más bíblicos, la Iglesia está llamada a salir de sí misma y entregarse, tal como Jesús y por la misma causa suya. La Iglesia está al servicio del reinado de Dios. Y el Reinado del Dios de Jesucristo coincide, no con el triunfo "geo-político" de su Iglesia, sino con la plena liberación de los hombres y los pueblos, y su reunión en una sola familia del Padre. (22)

---

(22) Según el Nuevo Testamento, la evangelización, como anuncio explícito, debe hacerse para que se difunda en las naciones la conciencia de la fe; y la fe, como adhesión consciente a Jesucristo, debe darse en los pueblos para despertar, purificar y orientar a su plenitud el amor práctico, en el cual propiamente realiza el hombre su comunión real con la gracia salvadora de Dios. La evangelización, pues, procede de la fe y se orienta a la fe (cf.Marcos 16,15; Romanos 10,14-17; Juan 20,30), así como la fe se verifica por el amor y se orienta al amor, amor a Dios inseparable del amor a los hermanos (cf. Lucas 10,25-37; Romanos 13 8-10; I Corintios 12,31 -13,13; Santiago, 2,14-26; I Juan 2,3--11). No todos en la Iglesia están dedicados en forma directa y permanente a la evangelización, como tarea específica de anuncio explícito; pero todos deben vivir en forma consciente y comunitariamente significativa su fe cristiana. No todos en el mundo comparten conscientemente la fe cristiana (desde luego, porque no todos han sido realmente evangelizados por la Iglesia); pero a todos los llama Dios, por los signos de la comunidad humana y el testimonio de la conciencia, a vivir prácticamente el amor y la justicia. Y nuestra fe en el amor de Dios por todos sus hijos, que hemos aprendido por el Evangelio de Jesús, implica creer que el Padre no sólo "llama" a todos los hombres por este camino, sino que los levanta y los alienta para ello con la fuerza de su Espíritu, que procede de la resurrección de Cristo. Por eso el último Concilio insiste en que la salvación obtenida por Cristo, como el deber de participar activamente en su

¿Cuál es entonces, más exactamente, el papel de la evangelización -y de la misma Iglesia- dentro de lo que podríamos llamar una visión cristiana de la vida y de la historia?.

Para ver esto mejor podemos distinguir, en nuestra vida y en la historia, tres dimensiones o niveles, que van de lo más básico y general(de la historia universal de la salvación) a lo más significativo y específico (de la vida y misión de la Iglesia).

a) Lo más básico, para cada uno de nosotros y para la historia colectiva, no está en el anuncio explícito del Evangelio, ni siquiera en el reconocimiento intelectualmente lúcido del Dios del Evangelio, Lo más básico está en la opción fundamental de no vivir para nosotros mismos sino para los demás, está en el compromiso de la vida entera en un camino práctico de LIBERACION SOLIDARIA. Dicho en términos un poco menos generales, lo más fundamental y decisivo está en buscar auténticamente la verdad, vivir efectivamente el amor y luchar comprometidamente por la justicia. Buscar la verdad en todas las cosas y con todo el ser; buscarla dondequiera que se dé y cualesquiera sean sus consecuencias; buscarla con la limpieza de nuestra mirada, la sinceridad de nuestras palabras y la consecuencia de nuestros actos; buscarla en todo el prosaísmo de su objetividad y en toda la profundidad de su misterio, que nos supera y nos hace libres. Vivir el amor a las personas concretas y al pueblo real; amor que respeta a los otros como son,pero no se resigna a que se queden como están; amor profundo en el sentimiento y práctico en los servicios, grandes o pequeños; amor que se ingenia para suscitar el encuentro, el diálogo, la reconciliación, la comunión fraterna. Luchar por la justicia en las conductas y los hechos concretos, y la justicia en el sistema y las políticas globales ; exigir la justicia en lo que hacen "éllos", y cumplir la justicia en lo que hacemos "nosotros"; la justicia para nosotros mismos y nues -

---

(22) (Cont.) realización histórica, "vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad,en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien al misterio pascual (de Cristo) (Conc. Vaticano II, Gaudium ets Spes, n.22; cf. Id. Lumen Gentium, n.16)

tros prójimos, y la justicia para el pueblo de los pobres, los marginados y los oprimidos.

Buscar la verdad, vivir el amor y luchar por la justicia, son tres dimensiones de una sola opción fundamental, de un solo compromiso vivido de liberación solidaria. Porque la verdad más profunda que debemos verificar en nuestra vida y en la historia es el amor de los hermanos y la fraternidad del pueblo, como vocación dinamismo y esperanza; porque este mismo amor es el motivo radical y el alma rectora de toda auténtica lucha por la justicia; y porque sin verdad y justicia en la vida y la convivencia humanas, el amor no pasa de ser ilusión o engaño.

Este es el nivel que hemos llamado más básico y general. Allí es donde se juegan el valor o la esterilidad de toda vida humana. Allí se sitúan el desafío radical y el juicio definitivo, para creyentes y no creyentes.

b) Pero nosotros los creyentes podemos afirmarlo así, precisamente, en virtud de una segunda dimensión o nivel que se nos ha abierto, gratuitamente, a nosotros: el nivel de la FE COMUNITARIA. Por esta fe cristiana, que compartimos con una comunidad de creyentes y recibimos de su tradición viva, sabemos que en ese primer nivel se juegan la significación y el destino de toda vida humana, y lo sabemos porque se nos ha dado la oportunidad de reconocer en medio de esa búsqueda, esa vivencia y esa lucha -como su raíz, su atmósfera y su horizonte- la presencia del absoluto de Dios. Hablando en términos un poco menos abstractos, podemos distinguir en esta fe comunitaria tres aspectos : la memoria viva de Jesús, la experiencia encarnada de Dios y la esperanza activa de su Reino. La memoria de Jesús, de su persona y de su historia, de sus grandes opciones y de su praxis concreta, de su mensaje y sus conflictos en las circunstancias de su pueblo, de su entrega y su destino, de su muerte por mano de los buenos y poderosos de este mundo, y su resurrección por mano del Dios de la vida, a quien él llamó siempre y hasta el último "Padre mío". Memoria de Jesús que nos muestra concretamente qué significa y a dónde nos lleva buscar la verdad, vivir el amor y luchar por la justicia. Memoria de Jesús que nos propone su camino, nos compromete con su causa y nos hace experimentar el calor de su compañía viviente y victoriosa. La experiencia de Dios, que lo es en cierta manera todo y en cierta manera nada. Na-

da. Nada que pueda ser encerrado en conceptos, en palabras, en lugares, prácticas o instituciones concretas. Todo, porque Dios no está recluido en la lejanía del "más allá" de este mundo y esta vida terrenales, sino que es aquí y ahora el Dios de la vida, el Dios de los hombres y de la historia humana. Dios a quien experimentamos o barruntamos como el Fundamento, la Presencia y el Horizonte absolutos de toda verdad, todo amor y toda justicia, como de toda alegría y plenitud que se dan en nuestra convivencia humana y búsqueda colectiva. Dios a quien experimentamos negativamente como el gran Ausente y Rechazado en toda injusticia, en toda crueldad, en toda denigración del hombre, en toda indiferencia frente al sufrimiento. Puesto que si todo esto nos indigna y nos rebela tan radicalmente, es porque percibimos que allí se está rechazando el Absoluto del hombre y de la historia, se está negando la Raíz misma de la vida. La esperanza del Reino, de un Reino que no está arriba en el cielo, sino que viene aquí; un Reino que es el horizonte de plenitud futura ofrecido a todos nuestros esfuerzos y a todas nuestras experiencias recibidas de verdad, amor y justucia; un Reino donde tenemos la certeza de que la presencia del Dios de la vida se nos regalará como transparencia en la fiesta de los hermanos, reencontrados para siempre.

Memoria de Jesús, experiencia de Dios y esperanza del Reino, son tres dimensiones inseparables de una sola vivencia comunitaria de la fe cristiana. Porque el corazón mismo de la praxis y la conciencia de Jesús, está en su referencia constante y radical a Dios como su Padre; porque si podemos experimentar hoy a Dios como el Dios del amor y la justicia, es porque hemos podido reconocer su voluntad y su carácter en el rostro y la vida concreta de Jesús; porque todo en la vida y el mensaje de Jesús nos habla de que Dios viene a ejercer su reinado de justicia y de paz, en favor de los pobres y de todos los que se convierten a sus caminos; y porque ahora mismo experimentamos en la comunidad al Dios de Jesucristo como el Dios del amor y la comunión, que vence toda división y separación, y como el Dios de la vida, que triunfa sobre el sufrimiento y sobre la misma muerte.

En este segundo nivel, de la fe de la comunidad cristiana, es pues donde el sentido, la raíz viviente y el destino final de toda entrega personal y todo movimiento histórico de liberación solidaria entre los hombres, son reconocidos y asumidos con conciencia inequívoca.

c) Pero a su vez la fe comunitaria, para ser reconocida y comunicada, necesita sus propios signos y lenguaje; necesita tomar cuerpo en determinados gestos y palabras; en encuentros, instituciones y funciones ministeriales convocados y fundados para eso. Necesita, en otras palabras, del SIGNO ECLESIAL. Ahora bien, tanto en la praxis de Jesús como de la Iglesia que lo sigue, no hay distinción clara ni límites tajantes entre los gestos y palabras más "sagrados", que significan y comunican la vida "sobrenatural" a los fieles, y los gestos y palabras más "humanos", que significan la fraternidad que se restaura entre los hombres, comparten el alimento o devuelven la salud. Tampoco hay límites tajantes entre los lugares y los momentos del encuentro eucarístico en torno a la mesa del Señor resucitado, y los lugares y momentos de la reunión de los hermanos para compartir la vida, la fe y el servicio, en la alegría de la amistad. Y tampoco hay separación entre las funciones ministeriales de la predicación y la oración comunitaria, del servicio de las masas y de transmitir la ayuda solidaria de unas comunidades a otras más pobres (23). Todo esto constituye la realidad única e indivisible de la Iglesia, la que ha sido instituida de una vez para siempre por Jesucristo, pero debe acontecer siempre de nuevo en cada pueblo y en nuestra vida. Institución y acontecimiento que se requieren como "sacramento" (24) concreto y visible de esa fe comunitaria de que hablábamos recién. Porque sin este signo eclesial - al

---

(23) Cf. Hechos 2,42-47; 6,1-7; 11,19-30; II Corintios, 8-9.

(24) "Sacramento" designa, en el lenguaje de la antigua tradición cristiana, una realización históricamente densa y significativa del amor salvador de Dios por los hombres. En este sentido, el "sacramento" por excelencia es Jesucristo mismo, en su realidad humana e históricamente concreta. El último Concilio declara que "la Iglesia es en Cristo como sacramento (o signo e instrumento) de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano" (Lumen Gentium, n.1), y añade que la misma Iglesia, como pueblo mesiánico, "es constituida por Cristo como comunión de vida, amor y verdad, y es empleada por él como instrumento para la liberación de todos los hombres, y enviado a todo el mundo como luz del mundo y sal de la tierra" (Id., n.9). La Iglesia es, pues, "sacramento" en cuanto acontece en nuestra historia como prolongación significativa de Jesucristo y al servicio de la liberación solidaria de todos los hombres, la que tiene su raíz y su plenitud en el amor salvador de Dios. Y a su vez el "acontecimiento" de la Iglesia tiene sus momentos fuertes en las celebraciones comunitarias de ese amor salvador, que se comunica a los creyentes y los compromete, en la eucaristía y los demás

mismo tiempo "sobrenatural" y humano- la memoria de Jesús, la experiencia de Dios y la esperanza del Reino, no tendrían lugar ni eficacia en nuestra vida humana ni en la historia colectiva.

Y de esta manera se cierra el ciclo -o más bien, avanza el espiral- de la vida y de la historia, vistas a la luz de la fe cristiana. Así como toda palabra y todo signo de la Iglesia son huecos e hipócritas si no expresan y comunican una auténtica fe comunitaria, así toda fe comunitaria es estéril y muerta si no traduce consciente y responsablemente un compromiso de liberación solidaria. Y por eso la Iglesia no puede evangelizar si su mensaje no traduce una fe comprometida: porque su palabra debe dar testimonio de un Dios presente y comprometido en la vida y liberación del hombre. Pero por su parte la historia humana de la liberación solidaria necesita de la fe de la comunidad cristiana para ser asumida con la conciencia y la responsabilidad de su pleno sentido, así como la fe cristiana necesita de la palabra evangelizadora y los signos de la Iglesia para tomar cuerpo en la vida concreta y alimentarse de su fuente viva.

Santiago, Septiembre de 1976.

---

(24) (Cont.) Sacramentos. En la noción de "sacramento" se integran, pues, las dimensiones de realización densa, corporeidad socialmente significativa e instrumento eficaz.